

“Vida y Obra de José Arnaldo Márquez”

Tesis para optar el grado de Bachiller en Humanidades.

INTRODUCCION

Existe en nuestro proceso cultural, señaladamente en el terreno literario del siglo pasado, la obra de un hombre de múltiples facetas que sería injusto silenciar o rezagarla: la de José Arnaldo Márquez. Tanto más mueve el interés de su estudio cuanto que sus hondas meditaciones reflejan la viva preocupación de problemas hoy vigentes, tan cercanos a nosotros. Hace más de treinta años apareció un interesante estudio de Teodoro González Elejalde sobre los libros de Márquez, en el que se analizan los poemas, la producción pedagógica, algunas obras teatrales y la capacidad de inventor, quedando al margen una rica veta por desentrañar en la prosa y en la pasión continental del autor. Las dos últimas grandes guerras han colocado a la América en una situación tal que es imperioso reconocer la conveniencia de formar bloques territoriales como condición de una unidad, invocada por nosotros, y prevista ya por Márquez. Completar este aspecto interesante en la obra del autor aspira el presente ensayo.

LA EPOCA

El estudio, siquiera somero, de un personaje o de toda una literatura requiere siempre fundarse en los hechos o motivos que le anteceden. Rastrear los afluentes sociales, los diversos cursos políticos, las tendencias espirituales más encontradas, significa hallar para el tema una base de partida. La digresión estética no siempre es fruto espontáneo o logrado sin dolor de los campos del arte. Quienes la juzgan

así olvidan a menudo que la literatura, vista desde cualquier ángulo, sea desde el parapeto tradicional de Taine o desde la dialéctica marxista, es resultado, nunca determinante, de un proceso. Hay algunos casos raros en los que la literatura carece de referencia histórica, y que su trama, por ser intemporal, y hasta inespacial, parece contradecir el aserto anterior. Por ejemplo el difícil Joyce entre los contemporáneos, y Eguren entre los nuestros. Sin embargo un detenido análisis de la poesía simbolista de Eguren nos dirá que ella obedece, por reacción, al anhelo de espiritualizar una época de bajo materialismo y reiterado filisteísmo, al ansia de pensar por imágenes y fantasías en un país impregnado hasta el hartazgo de la alusión anecdótica.

No sólo se trata de fenómenos y acontecimientos que tengan menor o mayor influencia en determinado arte debido a la simultaneidad o coincidencia en el tiempo. La investigación inquiere más lejos, es más ambiciosa y sus puntas escrutadoras penetran a lo más hondo de los hechos. Trátase de discriminar una figura de arte, indagando sus orígenes, sus más remotos cauces y el limo que ellos contienen. No está demás insistir sobre este punto, en torno al cual ha girado durante mucho tiempo el problema de la literatura peruana, queriendo prescindirse de ella las apetencias de índole social, como si la vida no fuera conjunción de realidad y fantasía.

Uno de los mayores errores de los escritores peruanos del siglo pasado y de los primeros lustros del presente, ha sido su unilateralidad al enfocar determinado tema, el de aplicar un sesgo sobre un hecho humano y fraccionar en elementos dispares, —adiéndole una receta: esto es literatura, esto es política, etc., sin averiguar las hondas complicaciones en el sistema y por tanto su interrelación profunda y sus inobjetable implicancias.

Hacia el romanticismo, 1830

José Arnaldo Márquez nace en 1832. Los seis lustros anteriores a su nacimiento constituyen capítulos inquietantes de nuestra literatura. Durante esos primeros treinta años del siglo pasado, el continente sufre una de sus transformaciones más radicales. Al principio una elaboración intelectual aguda encaminada a proclamar la necesidad de nuestra emancipación política, cosa que adquiere su madurez y culminación singularmente entre 1810 y 1830. El clima de entonces está caracterizado por su heroicidad y beligerancia, que ha producido lo que produjo: la libertad política de nuestros pueblos, que sucede a

la afición geográfica y la emancipación meramente espiritual de 1780. Es interesante observar el entramado, porque hay una sucesión de hechos que están vinculados desde la afición de lo geográfico descriptivo, con lo épico político y el movimiento romántico. Y hablar de Márquez es hablar del Perú Romántico como personaje y como objetivo. Se justifica por ello que la época de la emancipación americana es típicamente romántica, no obstante que el movimiento como escuela aparece sólo mucho después en el mundo, y sus frutos de índole literaria son los dirigidos para un ancho público, manteniendo la bronquedad en la expresión: florecen el periodismo y la oratoria como conductores de un coro anhelante en forma de piezas de costumbres o arengas de estilo cívico-militar. Desde Europa, son acatados como directores espirituales Rousseau y Montesquieu. La aparición a flote de temas innumerables súbitamente, la arista misma, fuerte e indócil de hechos y personajes nada tersos, dieron lugar al cultivo de géneros descuidados en su forma, aunque hondos en el contenido. El afán de los hombres por la acción y la persecución de un ideal puso por encima de consideraciones estrictamente literarias el subido color de la política, determinante e irrestricto. Lo que se perdía en estilo se ganaba en zumo vital.

Problema inquietante en que se hallaba sumida la independencia luego del éxito de las armas fué el que compelia a los pueblos a una disyuntiva azezante: o se iba camino de la monarquía por las vías del absolutismo siguiendo a Fernando VII, o se escogía el tipo republicano por las vías liberales siguiendo a Rousseau y la Declaración de Filadelfia. Independientes absolutistas eran los que no obstante detestar a España como nación dominadora, aceptaban en sí el sistema político español, por tanto eran partidarios de la autocracia. Los otros repelían toda forma política que entrañara tiranía o significase poder absorbente en el Estado. Aquéllos defendían la conservación del principio, y si alguna rebeldía se erizaba en ellos no era sino contra las personas. Estos, se empeñaban en modificar la mentalidad, adoptando para ello nueva visión o manera de ver las cosas, teniendo en la libertad su más seguro asidero. De aquéllos provienen los partidos conservadores; de éstos los liberales. La prosa política de Márquez está presidida casi por completo de esta ansia de reforzar sus convicciones liberales y republicanas.

El mismo Bolívar pensó que a la naciente democracia americana era preciso ponerle los frenos disciplinarios, so pretexto de perfeccionar la organización, fundada en una voluntad robusta y omnímoda que él

mismo creía representar. De esta misma idea, que conduce al cesarismo democrático, participaron en realidad muchos de los próceres americanos, excepción hecha de los revolucionarios mexicanos. Si en México la revolución de 1810 significó un alzamiento de masas, con protagonistas extraídos del fondo popular y de las raíces campesinas siguiendo un sentido de abajo a arriba; en cambio el resto de América no estaba sino sacudida de violentos pronunciamientos, acaso coordinados, pero a base de sectores cercenados de la capa social contra la cual estaba dirigida la revuelta, sin la intervención de la masa, antes y entonces abatida. Monarquista del sur y tempestuoso hombre sensual fué el argentino Monteagudo que quiso hacer derivar, como todos los clasicistas, del despotismo y autoritarismo el llamado "orden". (1)

En el Perú hombres de igual tendencia fueron José M. Pando (1787-1840), monarquista declarado en la península y desmedido admirador de Bolívar; Manuel Lorenzo de Vidaurre (1772-1841), turbulento personaje, mecido constantemente en sus tendencias por los vientos y mareas más opuestos y los esquinazos políticos más encontrados.

No es exacto que para existir el romanticismo americano necesitara ineludiblemente del europeo; pero sería injusto desconocer la poderosa influencia ejercida sobre nuestros escritores de dos españoles: José Joaquín de Mora y Fernando Velarde, más del primero que del segundo. El romanticismo como actitud demuestra ser planta de todos los climas y hasta de todos los tiempos; su nacimiento y crecimiento pueden no ser idénticos en todas las latitudes, y a menudo sus formas expresivas discrepan en orden al espíritu que los anima, pero une a casi todos los movimientos un uniforme acento sentimental, un significativo rasgo de nostalgia, un anhelo más intenso y hasta desenfrenado —pero justo— de libertades junto con la reiteración de elementos y factores individuales. Uno de esos motores fué Mora, fogoso escritor español que dejó hondas e inquietantes huellas a su paso por Perú, Bolivia y Chile. Como buen idealista fué liberal sin tasa, batallador en la idea que hiciera brotar nuevos pensamientos por sobre la serenidad clásica de don Andrés Bello en Chile o Pando en el Perú. Sólo que, circunscribiéndonos al Perú, no se haya operado aquí, entre nosotros, una debida transformación de fondo y forma; quizá ello se deba a que fué Velarde, más que Mora, quien trasplantara a través de España el gusto romántico francés, una

(1) Pero Monteagudo se estrelló en Lima ante las embestidas de un periodiquillo, insignificante en su formato pero tremendo en su contenido, "La Abeja Republicana" de José F. Sánchez Carrión, que desplegaba el fermento del Contrato Social.

importación de rebote más que original, que pudo dar vida sólo a una literatura de corte festivo y episódico.

Don Ricardo Palma, señala como período de florecimiento romántico en el Perú, al comprendido entre 1848 y 1860, que por su carácter de pasión febril, cálida y enfermiza, le bautizó con el nombre de "Filoxera Literaria". Pero lo importante del movimiento es la adquisición de ideas que esclarecen hechos y doctrinas, aunque los lemas y las tendencias se diversifiquen en bandos irreconciliables; interesa que las controversias se elevan del plano caciquil a la lucha de principios.

En el seno de esta contienda estaba germinando nuestro romanticismo. El europeo significó una vuelta sentimental al pasado, en reacción contra la Revolución Francesa, una añoranza de las tradiciones, teológicamente en idealismo, sociológicamente un aristocratismo. El Romanticismo Americano carece de originalidad, y en una acción de doble reflejo, a través de frondosos y a veces penosos pasos, logra expresar por las vías de lo remoto lo exótico y por la búsqueda de un pasado inexistente o inexacto, la leyenda. Cierto es que la agitación literaria y social que empieza en 1840 produjo la promoción más brillante de escritores del continente, aunque los peruanos carecieran del brillo que genera el fuego interno y propio, pero en general lo que exhibe al romanticismo de motor generador es su hondo sentido ideológico, incomparable, por ejemplo, con los éxitos del movimiento estetista que significó el modernismo. Si de algo pecó —profundamente— la escuela peruana es de haber descuidado el escarbamiento de nuestra tradición y, a trueque, de fomentar y exhibir una idea y una imagen extrañas, un dolor de dolores, una nostalgia de cuñas exóticas y remotísimas.

El malestar político pone a los poetas líricos del momento al borde de las incongruencias del jadeo y la quietud, a rimar versos de metro inestable y contenido indeciso, dibujando a lo sumo una imagen espectral de las ilusiones de románticos españoles, franceses, ingleses y alemanes. Palma en sus jugosas remembranzas que ha titulado "La Bohemia de mi Tiempo" nos indica, limitando el período de la bohemia, que de 1848 a 1860 se produce en el Perú una inquietud desconocida por los temas literarios; doce años de hartazgo de Byron, Hugo y Lamartine. Después de 1860, según Palma, declina y se apaga tan explosiva generación, porque los hombres empezaron a hacerse serios y severos o porque la guadaña de la muerte comenzaba a segar entre ellos. Habría que añadir que advenía una etapa cuya hondura social abría los caminos del conocimiento, traspasando el aspecto sentimental

que había predominado hasta poco más de 1860, y esbozando, junto con la definición de los estados, el fenómeno realista.

Interesante y útil resulta, sin embargo, el estudio del frondoso racimo de poetas que cubre la docena de regalados y pacíficos años de bohemia surtida de paz y melancolía y alimentado por la lluvia metálica de las islas guaneras. El inspirador y director espiritual de esta generación fué un dechado iluso español: Fernando Velarde, que trajo consigo el ímpetu de su lira desordenada, y las aguasfuertes de los maestros franceses, españoles e ingleses. La influencia surtió positivos efectos en la forma y el tono, y la poesía peruana, por desbordante imitación, cayó a los cauces del grueso artificio, la aguda sensiblería y la mentirosa queja. Destacaron en este período los siguientes poetas: Nicolás Corpancho, Adolfo García, Carlos Augusto Salaverry, Clemente Althaus, J. Arnaldo Márquez, Luis Benjamín Cisneros, Constantino Carrasco, Juan de Arona y Ricardo Palma. Al respecto escribe don Ricardo: "Desdeñábamos el clasicismo y nos dábamos un hartazgo de Hugo, Byron, Espronceda, García Tassara y Enrique Gil. Márquez se sabía de coro a Lamartine, Corpancho no equivocaba letra de Zorrilla; para Adolfo García más allá de Arolas no había poeta; Llona se entusiasmaba con Leopardi; Fernández hasta en sueños recitaba "Las Doloras" de Campoamor. De mí se decir que hablarme del "Macías" de Larra o "Las Capilladas" de fray Gerundio, era darme por la vena del gusto" ("La Bohemia de mi Tiempo").

Resultaba poesía romántica original cuando de primera mano se imitaba a Hugo, Lamartine o Chateaubriand; pero el color se deslía en cuanto la escuela pasa a ser moneda circulante y de bajo precio. Añádese a esto que con ser ingotables vetas la inmensidad de nuestros bosques, la grandeza de la cordillera, el horizonte de las pampas, pasaron tremendamente inadvertidas ante sus posibles cantores o si apenas afeitan las aristas de su musa, lo hacen por refracción, a través de Chateaubriand. Tal vez debido a ello se cultivó con mayor facilidad la poesía, y la poesía lírica y confesional; la epopeya y la novela les son difíciles a nuestros escritores, y cuando intentan, les resultan ensayos y relatos. Este fué el cuadro de valores literarios en la época de Márquez, junto con el individualismo en la gestación de las nacionalidades. En medio de la anarquía mental, de clases y civilizaciones, el individualismo se erigió imperante. En cuanto a los españoles, descuellan como autores predilectos, Zorrilla y Espronceda, y a éstos no se les imitó en lo que de chispa épica tuvieran, sino en la sonoridad, en el tambor, y así crearon una poesía de tono mayor, con una fiel copia en la forma y nada en el fondo.

Dijimos que hubo, además, una notoria influencia personal sobre la generación de poetas de América, desde las Antillas hasta Chile, la de Fernando Velarde (1825-1881). Este sonoro versificador, de poco buen gusto y andariego empedernido, vino, en campaña artística, o a caza de algunos pesos, muy joven a las Antillas, pasó al Perú en 1847, radicándose por espacio de nueve años. Menos ideólogo que Mora, pero más inspirado poeta, tiene su producción una curiosa mixtura de aciertos y extravagancias; hombre lleno de contradicciones, imprimió en su obra ese espíritu trashumante y borrascoso, incoloro y hasta funesto, que es propio de su carácter. Cerca a una pieza magistral encuéntrase la cóncava declamación conteniendo estrofas sin sentido, palabras que delatan un sentimiento atrofiado. El autor de "Cantos del Nuevo Mundo", donde, sin embargo, algunas composiciones como "Noches en las Playas de Chile", lucen un alto estilo y una vivacidad musical, no está catalogado entre los primeros románticos de su patria; la abundancia de tropiezos y rípios en sus canciones, la afectación del tono y el acento hinchado hacen de él un poeta de segundo orden; y seguramente si se menciona su nombre en la confrontación poética americana es en virtud de que supo inspirar directamente a jóvenes fogosos, no tanto por méritos en sí. De otro lado los que abrazaron la tendencia insurrecta de la escuela eran casi todos mozos apasionados, impelidos por las necesidades de la nueva república a encuadrar y precisar el propio contenido del país. Esta dirección hacia la forma nacional es lo que determina el desborde verbal y el empuje de las pasiones, convergentes desde dos caminos: el que venía de afuera, y el que surgía desde adentro; la forma extraña y perfecta, y el fondo turbulento, incontenible y desordenado. Nada mejor que la poesía y el teatro, que sirvieron de vasos receptores, donde expresarse estos primeros pasos de encauzamiento; en la primera vibra la cuerda temblorosa y subjetiva; en el segundo se desplaza el ansia de los escritores de ponerse en contacto con un auditorio extenso y ante el que cabe presentar cuadros de tinte histórico, exaltación nacional o descripción de costumbres. Si es cierto que los dramaturgos que sobresalen entonces no pertenecen al Perú, los bohemios no estuvieron exentos de la orientación, y se lanzaron a locas y gimiendas al tablado. Bueno es recordar que en una etapa anterior dos nombres se habían erigido en maestros del teatro de costumbres, aunque de tendencias opuestas: Felipe Pardo, anti-republicano y satirizante de las costumbres criollas; y Manuel Ascencio Segura, modesto, observador amoroso de lo criollo, exaltador del demos, el "medio pelo", simiente de la futura democracia.

Casi todos los jóvenes románticos intentaron y saborearon el teatro, y casi todos fracasaron por ese lado; los salvó a unos su lira y el corte musical de sus versos, a otros su fama de escritores. "Armando Márquez fué el primero de los bohemios —escribe Palma— que, sin encomendarse a Dios ni al diablo, se lanzó a escribir para el teatro". Corpancho lo siguió con "El Poeta Cruzado" en 1851, de trama fantástica y oriental; Palma escribió también a los 17 años un drama de ribetes históricos: "La Hermana del Verdugo". Cisneros puso en escena una alegoría patriótica, "El Pabellón Peruano", sobresaliente por la tersura y la belleza de sus versos antes que por el interés dramático; luego, del mismo autor "Alfredo el Sevillano", considerado como lo más notable que para el teatro produjo la bohemia de aquella época. Igualmente Salaverry, el más fecundo autor que escribiera para el teatro, no sobresaie en razón de calidad de dramaturgo cuanto como exímio poeta. Como en poesía, pues, los escritores románticos merodean el teatro, teniendo ante sí el ejemplo de Pardo y de Segura, sólo que buscan otros motivos: los históricos, y sobre todo los del virreinato.

Estableciendo las diferencias de los movimientos literarios peruano y europeo, resaltan las siguientes: el europeo aparece como una reacción contra el racionalismo mitológico y la fórmula greco-latina de lo clásico. Las letras, como la filosofía, dejaban rezumar una influencia predominante de la lógica, y bajo su imperio estaban aprisionados, por la inteligencia, la imaginación y el sentimiento. Por tanto el romanticismo fué la insurrección del sentimiento contra la lógica, y fué hacia lo pasado y lo lejano, hacia sus más empinadas tradiciones, por encima de lo estrictamente greco-latino. Contrariamente, el romanticismo peruano traspuso los términos sin responder a la triple condición que fué necesaria para la aparición de la escuela en Europa: naturaleza virgen y espontánea; pasión individual, también espontánea del hombre; sentimiento tradicional de la patria igualmente espontáneo. Y se inspiró en lo lejano, sin cuidar que lo lejano debió ser propio, además de la inspiración en sí, y resultaron nuestros bohemios doblemente emigrados en el tiempo y el espacio. Como en el Perú no ocurieran entonces grandes heridas sociales ni zanjas en el pensamiento, los dolores y agonías de los románticos, fueron dolores y agonías fingidos, eruditos. Hay algo más en esta confrontación de sentimientos. Sin apelar a las grandes diferencias en relación con los movimientos francés, inglés o alemán, el romanticismo peruano resulta ajeno sólo del español. Veamos cómo aparecen las inquietudes en ambos países: por los años de 1830 los románticos más entusiastas españoles solían reunirse en la desmantelada sala del

Café del Príncipe, que ellos titularon "El Parnansillo": Espronceda, Larra, Escosura, Ferrar del Río, Ochoa, Bretón, Gil Zárate, Mesonero Romanos, más tarde Zorrilla, García Gutiérrez, Campoamor, Donoso Cortez y otros. Por lo general los cafés desmantelados son refugios de añoranzas, donde el sentimiento crece y se perfila como en suelo abonado. El romanticismo peruano germina en medio de la tertulia, aunque premeditada, pero, a diferencia del español, no en un café ni esquina de barrio, sino en una mansión elegante, perfumada y enriquecida por un ambiente de mecenazgo y protección. Protector de los jóvenes románticos era don Miguel del Carpio, acomodado e influyente caballero, fugaz partidario de la Confederación Perú-boliviana y luego declarado gamarrista, sustentador del principio de autoridad y establecimiento de la paz por medio de la fuerza, instauración del orden y primeras organizaciones de la finanza nacional.

Surge así el período literario es una etapa de expansión espiritual y cómoda ocupación, como forma expresiva de la paz y el progreso. Mientras en Madrid los escritores escarbaban el magín en un café oscuro los nuestros se entregaban a un plácido recreo, forzando la mente a descubrir e inventar seres e imágenes inexistentes. Acaso mayor fué la preocupación en prepararse como generación llamada a brillar en la clase directora del país que del pensamiento. Generación heredera de las huellas de dos ideólogos, Vigil y Herrera, o también Pardo y Segura, los jóvenes se declararon, unos por el conservadurismo, otros por el liberalismo. Don Miguel del Carpio, personalidad influyente, prestó decididamente su concurso moral y material para que fructificara este racimo de desdichados poetas deliberados, de los que el más empedernido romántico fuera Márquez, pero el más liberal, el más digno, por eso tan perseguido, y el más humanista y humanitario.

LA VIDA DE MARQUEZ

Constituye la vida de este poeta y prosista una novela desgarradora. Personaje convulso y borrascoso, pero genial, ambuló por el mundo durante más de quince años llevando consigo una fe y una esperanza inalcanzable, pero inextinguible: la de convertir en realidad los sueños que su genio hilvanara en torno a su invento de una máquina de "Impresiones simultáneas". Unas veces salió de la patria forzado y proscrito, para desfogar en otras tierras sus inquietudes políticas; otras en un peregrinaje voluntario, contando por única y constante compañera a la miseria, de la que no pudo descargarse ni en el último momento de su

vida. Bohemio irrestricto y redondo, su vida traza la curva perfecta del soñador.

En cuanto a la fecha de su nacimiento, Doña Delia Castro de González, sobrina del poeta, nos dice que José Arnaldo nació en Lima en 1830 en la calle de la Penitencia. Igual fecha señalan investigadores acuciosos como Luis Alberto Sánchez, J. de la Riva Agüero, Luis F. Xammar, y Teodoro González Elejalde, que escribió una tesis en 1915. Pero, a instancias de don José Melgar Márquez, nieto del poeta, que nos aseverara una fecha posterior, hemos recurrido a las fuentes de registro de la Iglesia donde se bautizó José Arnaldo. Y, en efecto, hemos encontrado la partida, que a la letra dice: "En esta iglesia parroquial de Santa Ana en cuatro de agosto del año 1835; yo el Teniente de los Curas Rectores de ella, exorcicé, puse óleo y crisma a José Arnaldo de edad de tres años, seis meses y veintitrés días de nacido, hijo legítimo de don J. Ambrosio Márquez y de doña Jerónima García, le echó el agua en caso de necesidad el Dr. Don Pedro Echeagaray, cura de la doctrina, fué su padrino de agua Dn. José Domingo Castañeda y de óleo, Dn. Juan Márquez; testigos Dn. Manuel Orduña y don Mariano Murguía, y lo firmé. FRANCISCO CLEERQUE". Lo cual, deduciendo las cifras, arroja como fecha de nacimiento, el 10 de enero de 1832, rectificándose de este modo la fecha anteriormente aceptada. (1)

Bohemio de corazón, de temperamento y de instintos, fué Márquez de lo más generoso. Lo demuestran algunos rasgos de desprendimiento. A los dos años se revela el alma del niño en sus sentimientos. Una mañana del año 34, burlando los cuidados y la vigilancia de las amas, José Arnaldo escapó a la puerta de la calle: allí danzaba un morenito de su edad, hijo de esclavo, chivillo era el niño y la desnudez de su cuerpo rebrillaba. El pequeño Márquez vestía un lujoso trajecito de felpa y calzaban sus pies zapatitos de badana. Cuenta la sobrina que en un arranque de bondad el niño blanco se despojó de sus vestidos para cubrir con ellos el rebrillante cuerpo del párvulo de color, ocultándose luego tras

(1) Escrita la presente tesis el autor de ella tuvo ocasión de conocer en Buenos Aires a doña Antonia Deorila Ochoa, la viuda del poeta, argentina, que acompañara a José Arnaldo hasta sus últimos instantes, y en cuyo poder quedaron importantes documentos y correspondencia con ilustres figuras americanas del pensamiento, así como los segundos planos de la máquina, pues los primeros le fueron robados por un mecánico norteamericano, el mismo que después echó el invento al mercado, patentado como suyo.

Doña Dolores de las Mercedes Márquez Ochoa, la hija, también residente en Buenos Aires, aunque nacida en el Perú, dueña de una extensa y minuciosa información oral y documental de su madre, está preparando una semblanza biográfica de José Arnaldo.

el portón. Este rasgo de generosidad, se reafirma treinta años más tarde, cuando una noche de crudo invierno, al salir del Teatro Principal, dejó sobre los hombros de un anciano astroso que temblaba de frío su vanidoso abrigo de pieles que él ostentaba como una muestra de su elegancia conquistada en Europa.

Viajar fué la pasión y el encanto de este hombre, desde que inició su carrera en las letras hasta que el crepúsculo tendió sus sombras en su existencia. En balandra o en velero, emigrado o en misión especial, surcó los mares con impar frenesí, cabalgando sus ideales sobre los lomos del océano, su poesía, su prosa, sus conmovedoras remembranzas y confesiones, como espejo irrompible de su vida y sobre el que se reflejara la aristocracia orgullosa de su espíritu. Escribió versos desde la edad de 16 años con una soltura y espontaneidad admirables en las que se filtraban indudablemente el descuido y el ripio poético. Llegó a poseer, según cuenta doña Delia Castro, con dominio once idiomas, y esto en la primera mitad del siglo XIX, cuando los medios de comunicación, las distancias y por tanto el intercambio de libros, dificultaban alcanzar todo medio de progreso cultural. Griego, latín, idiomas sajones, escandinavos, lacios, etc., fueron lenguas familiares para Márquez. Todo ello explica y justifica el humanismo de su cultura, la densidad erudita de ideas, la profundidad de sus conceptos de raíz filosófica, y la abundancia de imágenes de que está cernida toda su obra. Desgraciadamente la producción literaria y científica de Márquez se halla dispersa; muchos de sus libros, acaso en los que se contiene la fuerza muscular, se han perdido, como las "Memorias" que según el argentino García Merou encierran el jugo medular de la literatura de Márquez, y una "Monografía", completo estudio económico-político publicado en inglés sobre las riquezas mineras del Perú.

Parece que, por encima de todo, el pretexto que guió sus pasos de trotamundos lo constituye el invento de la máquina de linotipo a cuya perfección dedicó por lo menos la segunda mitad de su vida. El Senado de su patria no dió importancia al invento. Más tarde don Manuel Pardo, conocedor de la capacidad de Márquez y viendo un modelo de su obra, le prometió interesarse por ella, pero esa misma tarde moría Pardo asesinado. Consiguio el inventor trasladarse a Buenos Aires, y aunque su máquina aún no era vendida, el buen iluso trazaba ya en su imaginación un cuadro de presupuesto de gastos, descargando un grueso porcentaje para obras pías y de beneficencia. Pero la fortuna le fué adversa y las privaciones iniciaron en él su marcha ascendente. Con todo, la miseria no lograba hacer vacilar a quien tenía fe en su obra y desprecio en

el dinero. García Merou, que ha presenciado personalmente en Buenos Aires el azar en que estaba envuelto el poeta, urgido perennemente de menesteres económicos a despecho de su preclara inteligencia, escribe así: "La situación de aquel hombre dotado de un talento inmenso, de conocimientos sólidos y vastos, de perfecta educación, me parecía una cruel injusticia del destino". No fué el objetivo para Márquez convertir en riqueza económica lo que su cerebro había elaborado con fines científicos y humanitarios; su ambición era siempre ganar un palmo de bienestar en la vida de los hombres y prestar un brazo inventivo a su esfuerzo. En una carta dirigida desde París a sus familiares escribe: "figúrate la suma de millones al año que esto representa, pero a mí no me seducen ni alborotan los millones y me contento con el pan de cada día".

Del mismo modo que su generosidad llegaba hasta el límite del derroche, el fino instinto de su dignidad dejaba traslucir muestras de fiero orgullo. Sus artículos periodísticos no eran entregados a la prensa mientras ésta no había retribuído su valor fijado por el autor. Igualmente terco fué en la tenacidad ante los embates del destino, que sólo su profunda convicción providencialista conseguía atenuar. Un ejemplo de este ideal lo vemos en otro acápite de sus cartas familiares: "pero si Dios no lo tiene dispuesto así, que se haga su voluntad". La máquina ideada por Márquez, y que sirvió de base para la perfección del linotipo, se exhibía en el salón de industrias de Buenos Aires en 1902 (1). De acuerdo al relato de García Merou, nuestro autor consiguió llegar con dificultades a Barcelona, donde se vió obligado a librar mil contratiempos e inconvenientes en la construcción de su máquina, gastando en ella el último céntimo que llevaba en el bolsillo, apoderándose de él una cruel miseria, sin atenuaciones. Vióse precisado a traducir algunos dramas de Shakespeare con el valor de cuya venta pudo defenderse del hambre un reducido tiempo teniendo que trasladarse a París, siempre con el corazón ardiente de esperanzas (2). "Y así fué como llegué a París con cinco francos en el bolsillo", declara; entregándose nuevamente a una ruda batalla

(1) En una carta escrita al respecto (1945), Gabriel del Mazo nos asegura no haber encontrado esta muestra en el citado salón ni en museo alguno de Buenos Aires, y en 1945 lo hemos comprobado personalmente.

(2) Insertamos un juicio crítico, que consideramos de valor por venir de un erudito, ensayista y filólogo como es Pedro Henríquez Ureña, fallecido últimamente en la capital argentina. Está suscrito por su autor, y fué entregado a la hija de Márquez: "Las traducciones que hizo el poeta peruano José A. Márquez, de ocho obras de Shakespeare acompañaron y alegraron los últimos años de mi infancia; recuerdo con placer muy especial el "Sueño de

por la investigación científica y por el pan de todos los días. Su amor a la ciencia no sólo se redujo a la confección del linotipo y a la invención de un arado, sino que con un fino temperamento de acucioso observador embebido en los jugos de la filosofía de su tiempo, dejó recrearse su fantasía por campos de temas abstractos, empeñándose en descubrir las energías y relaciones ocultas del espíritu y la materia; creó, antes que nadie en el Perú, la poesía científica, de múltiples proyecciones para la imaginación poética, aunque de base científica inmutable filtrada desde la teoría de Darwin y la filosofía de Spencer. En quince años de trotar por el mundo, ha dejado en todos los países por los que pasara una profunda huella de su talento y sus inquietudes. Fundó en Valparaíso el Instituto del mismo nombre, como una muestra de su vocación y cariño por la pedagogía, ejerció la enseñanza en Francia, Inglaterra, Cuba, Argentina y en su propia patria; dirigió y editó una revista de carácter educativo y literario en Nueva York por espacio de cuatro años, dirigió y colaboró en periódicos; vigiló la construcción de buques para su país; paseó a través de sus andanzas el buen nombre de la patria, propagando sus viejos méritos y sus apretados anhelos.

La personalidad de Márquez es múltiple por sus facultades; a través de su vida lo fué todo, o casi todo: dramático, militar, prosista, poeta, diplomático, inventor, traductor, pedagogo, comerciante, pudo ser ministro como fué portero.

En virtud de un decreto dado por el gobierno del general Iglesias, Márquez fué declarado Gloria Nacional, y se le prestó facilidades para que regresara a su patria cuando en España servía de portero, pero José Arnaldo se embarcó hacia Chile, fiel a su derrotero de trotamundos. Realmente era un temperamento raro. Corrientemente se le tenía por un tipo rebelde y hasta desadaptado; pero analizando un poco el aparato de su pensamiento y observando la complicada psicología que en él ejercía multiplicando su personalidad, puede afirmarse que más bien fué a manera de un eje mental generador de ideas, con resortes de una doctrina moral propia, y una rica imaginación capaz de convertir en fantasía el átomo viviente, dueño de un cerebro, siempre idealista, como buen poeta que trabaja con ficciones en los cielos. Era una especie de Quijote

una Noche de Verano", "Como Gustéis", "El Cuento de Invierno". Márquez era un buen poeta, pero prefirió traducir en prosa, y sólo puso en verso las deliciosas canciones intercaladas en las comedias. Su prosa es flúida, delicada y sobria; no trata de apegarse demasiado al original, cuyas dificultades —todos sabemos— son a veces invencibles, pero sabe conservar la fresca vivacidad de las comedias y la clara severidad de las tragedias históricas, "Coriolano" y "Julio César".

moderno, en que el desarrollo del sentido y la intensidad del pensamiento hicieron de él esclavo de su incertidumbre y de su propia duda, por que una abstracción de su ser equivale a un desequilibrio en que la voluntad se anula en aras de las otras facultades. Era del tipo de esos personajes que la novela de los últimos años del siglo pasado ha explotado tanto en beneficio del análisis y la meditación del espíritu agitado. Pero a diferencia de los personajes novelescos, que viven la novela que no pueden escribir, o de autores que escriben la novela que no pueden vivir, en Márquez se muestra la dualidad paralela del personaje y el auto-biógrafo, cosa por demás rarísima en poetas y novelistas de América, incapaces de mostrar su demonio interior. Una de las diferencias sustanciales entre la novela autobiográfica europea y la americana consiste en que el autor europeo realiza de verdad un estudio radiográfico de sí mismo, un análisis espectral del mecanismo que opera en su interior; en cambio el americano carece de esta fuerza de aplicarse el auto-retrato, y traza una paradógica "autobiografía ajena". El caso de Márquez nos parece una de las pocas excepciones americanas, digno de figurar como un precursor de nuestra novela autobiográfica.

El teatro constituye otro estadio en el que fué a parar el ingenio de Márquez; aficionado desde los 18 años, y el primer aventurero de su generación, adquirió en Europa el conocimiento de la madurez y el aplomo del teatro occidental. Existe un pasaje documental al respecto: se hallaba en París cuando su hermana Manuela Antonia, igualmente aficionada, le escribió desde Lima pidiéndole un modelo de teatro para representaciones hogareñas. Eran aquéllos años post-coloniales, en que la herencia de la afición a la vida muerta dejaba sentirse como una prolongación de épocas virreinales. Manuel Moncloa dedicaba el tercer piso de su casa a la instalación de un teatrillo de Guíñol. Tales eran el modelo y la medida que sugería el pedido de doña Antonia. En respuesta José Arnaldo le envió un teatro que no cabía en un piso. El aparato escénico requería de mayor amplitud, sólo en el radio de una manzana podían emplearse los bártulos: las butacas, los barandales, el entarimado, el proscenio, las bambalinas y la tramoya. Hubo necesidad de arrendarse un amplio solar en la calle del Capón, y allí se instaló el teatro. Lo que debía ser un juguete de sala resultó el teatro Odeón. Poco después fué a parar a otro solar más céntrico y de propiedad o a disposición de don Juan Castro Osete. Y así surgió en la calle Concha el criollísimo teatro Olimpo que con el tiempo pasó en forma definitiva a poder de los Forero. Sobre este solar habría de erigirse más tarde el futuro teatro Municipal.

El periodismo constituyó otro campo de acción para el espíritu apostólico de Márquez; en él debería verter aquellas ricas corrientes filosóficas y morales adquiridas en el estudio y la meditación, en la pelea y el azar, en la marea constante que fué su vida, llena de las más crudas experiencias. Orgullosa y altiva de sus conquistas, poseedor de un elevado sentimiento de la dignidad, tanto que muy pronto se vió convertida en arrogante fiereza, sin embargo crecía en el transfondo de su altivez aristocrática una amarga decepción, que dió color y tono a su obra, especialmente poética y que ahondando durante su edad madura y los años de su vejez, trasluciría nítidamente una situación escéptica que le creó un ambiente de soledad y aislamiento, una fiera independencia sólo contrapesada por no pocas enemistades que hubo de cobrarse. Y en arranque de iras y remembranzas solía decir en sus últimos días: "no pudiendo vivir ya de esperanzas, los viejos vivimos sólo de recuerdos".

Para la confrontación de hechos y vida, aficiones y gustos, principios y convicciones, es necesario no perder de vista el origen inicial del clima en que germinan éstos. En el caso de Márquez y los bohemios hemos visto los cauces que sirvieron para su fermentación; unos se movieron dentro de sus recipientes dogmáticos; otros se desplazaron a zonas desconocidas y descubrieron nuevas fuentes de riqueza espiritual; unos provenían de los seminarios e institutos religiosos; otros, de los colegios particulares donde ya palpitaba el acento liberal. Althaus, Corpancho y Carrasco fueron religiosos; Palma, Bonifaz y Márquez fueron liberales. El acento y el asunto religiosos de Althaus están patentes en sus "Poesías Patrióticas y Religiosas" (París 1862); en las composiciones a la Virgen y algunas traducciones de Carrasco; en el simbólico cuadro "El Poeta Cruzado" de Corpancho, que respira el soplo místico y medieval de las Cruzadas. En Palma surge el liberalismo en su hiriente burla, su mordaz crítica y sus juicios ácidos y volterianos de la Colonia y sus epígonos, y que constituyen la trama de las densas Tradiciones. Bonifaz delata su espíritu liberal a través de sus luchas e intervenciones políticas. En Márquez el liberalismo se eleva, por ser extraído, además de su temperamento individual, del fondo de una cultura filosófica y científica, de sus convicciones personales sobre religión y moral. Saturado de las doctrinas y teorías más recientes de su tiempo, adquirió el modo de pensar de los espiritualistas, los sensualistas y los evolucionistas. Jouffroy, Cousin, Spencer y Darwin han dejado huella en la obra de Márquez, especialmente en los de carácter didáctico, en su poesía científica y en sus poemas.

Pero lo que más costó y consumió la vida de Márquez fué la concentración de su ideal en la invención del componedor mecánico; máquina que debía sustituir el trabajo recargado y penoso del cajista por una labor que llevaba implícita mayor velocidad y precisión. Engendraba así ese resorte veloz que es la linotipia, adquisición mecánica de la imprenta que traía consigo la transformación de la tipografía mundial abriendo nuevos horizontes al periodismo. No estaba reservada al genial inventor la fortuna de ver coronado su sacrificio. "Omega" (1) asegura que sus planos le fueron robados. "El los reconstruyó y continuó trabajando, poniendo en su esfuerzo por colmar el invento de su vida toda, sus energías, su dedicación y su peculio". El producto de sus limitadas entradas lo invertía íntegramente en materiales y ensayos, y día a día su satisfacción crecía e iba haciéndose plena cuando de entre el aparato forjado por su cerebro surgían las líneas, compactas y encajadas. Tan intensa fué la pasión puesta en la obra que hubo de luchar con denuedo, con espíritu y saña de héroe que lo sacrifica todo, incluso sus humildes haberes, empleando en la adquisición de una pieza o un implemento el valor del pan de sus hijos.

Fueron cruelmente dolorosos los últimos años de la vida de este gran idealista: viejo, enfermo, aniquilado su cuerpo por las constantes privaciones, y desengañada su alma por la sorda adversidad y la no menos incomprensión. Se asegura que, cuando olvidado de todos, la indiferencia de sus compatriotas llegó a colmar sus penurias, la redacción de "El Comercio" le tendió su mano, con lo que pudo prolongar unos días más su existencia, cuando ésta iba lentamente consumiéndose y nublándose sus pupilas, en el estrecho aposento del Hotel Central, donde pasara sus últimos días, parpadeaba aún en su mente la bujía desesperante de su invento, que pocos años después aparecía patentado y echado a la plaza por un fabricante extranjero. Los menudos intereses, la envidia personal, la indiferencia y la incomprensión pudieron más entre nosotros para obscurecer un invento en marcha. "De otra manera, si la honradez fuera moneda le libre-cambio entre los hombres, la linotipia sería hoy un invento nacional" declara "Omega". Murió la noche del 6 de diciembre de 1903 (2). Al

(1) Seudónimo que suscribe a un artículo sobre Márquez, en la revista "Variedades" de 12 de enero de 1930.

(2) Partida de Defunción: "En la ciudad de Lima, capital de la República del Perú, en 6 de diciembre de 1903 con la jurisdicción del infrascrito cura Rector del Sagrario de la Catedral, fué trasladado al cementerio general el cadáver de don José Arnaldo Márquez, de 72 años, soltero, natural de Lima, hijo de don José Ambrosio Márquez y de doña Jeró-

entierro de Márquez, que pagó el gobierno (3), por su extrema indigencia, asistieron algunos de los pocos amigos que aún le quedaban.

El chileno Villarroel Fuensalida, que conoció al poeta en su patria, al depositar hace poco tiempo una ofrenda sobre el modesto nicho de Márquez, reclama con justa emoción americana el recuerdo imperecedero que la nación le debe. Acaso, pensamos nosotros, siquiera la recolección y recopilación de las obras completas para poner al alcance de todos y conocer su precursora y fructífera labor de acercamiento americano, pueda ser un póstumo homenaje a la memoria de tan esclarecido prosador, poeta, ensayista, etc. La Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos, adelantándose, se ha esforzado en reunir casi íntegra la producción de Márquez (1).

LA OBRA DE MARQUEZ

El Poeta.—Bien podría, atendiendo al aspecto formal, distinguirse en la obra de Márquez dos tipos de producción: prosa y verso. Sólido prosista y fecundo e inspirado poeta. Por lo primero, pesa más en sus libros el juicio razonador y realista, exhalan sus páginas una severa resistencia al flujo ideal y lírico de su temperamento. Por lo segundo, Márquez se deja transportar morbosamente por las alas sin freno de la imaginación. Si intentáramos realizar un balance de los resortes mentales que generaron su vida, cremos que de los elementos en pugna pudo más la brillante y estelar poesía, con toda la frondosidad y la espesura derretidas que encadenando al hombre, llegaron a esclavizar su mente. Dueño de una sueltísima y libérrima poesía, sólo limitada por las murallas de la estrofa o el metro, Márquez se vió alucinado de este espejo imaginario a través del cual lo vió todo, incluso la ciencia

nima O. García; falleció del corazón; de que certifico. Doctor Manuel Bartolomé Bao". (T. 24, fojas 37).

(3) No ha sido posible encontrar el decreto por el que el gobierno se hiciera cargo de los gastos de defunción; la partida correspondiente no está inserta ni en "El Peruano", diario oficial, ni en el "Anuario Legislativo". Sin embargo puede servir de prueba la nota siguiente de "El Comercio" que apareciera al día siguiente, lunes 7 de diciembre de 1903, de la muerte de Márquez: "...El Gobierno, por su parte, interpretando un elevado sentimiento nacional, decidió hacer con fondos del Estado los gastos del entierro, en el que, además, estuvo representado por el Ministro doctor Dn. Juan de Dios Quintana".

(1) Con fecha catorce de febrero de 1946, la Cámara de Diputados del Perú aprobó un pedido del diputado Dr. Luis Alberto Sánchez, en virtud del cual el gobierno designará con el nombre de José Arnaldo Márquez a un colegio, por sus méritos sobresalientes de pedagogo.

misma. Sólo que ésta sirvió para atemperarlo y serenar la borrachera ideal del poeta, consiguiendo ajustar entre la investigación y la imagen un más o menos riguroso equilibrio de interpretación.

Se puede precisar tres etapas en el camino poético de Márquez, correspondientes a otros tantos períodos de su vida. Sus versos románticos de los primeros años, que delatan al fogoso autor juvenil, con la sola experiencia producida por libros y sentimiento extraños. Un segundo momento de conexión con el mundo, en el que su lira engarza fuentes universales y su sentimiento bebe una mística humanitaria. El tercer momento es de madurez y reflexión; experimenta aquí la sensación científica que se traduce como el desembarazo en la producción y la tersura en las ideas. El primer período se inicia en sus ensayos de bohemio en 1847, ensayos todos ellos mechados y hasta copiados de los maestros españoles y franceses; es una literatura de emoción y entusiasmo, a base de la adaptación de ideas y frases, giros y metáforas. Parece que en un principio mayor influencia recibió del granadino Zorrilla, con cuyos versos marchan casi parejos los de Márquez en cuanto a musicalidad y armonía de sentimiento, aunque no en sonoridad, en lo que aventaja el bardo español. Muy leves son las diferencias, por ejemplo, entre la estructura poética de "El Dulce Nombre de María" de Zorrilla y la composición titulada "A Mi Madre" del peruano, salvando los justos méritos que Zorrilla cuenta con su complicada variedad de tono.

Cuando decae la identidad de frases o el paralelismo en las ideas, surgen, leyendo los versos de Márquez, la frecuente reminiscencia y el obligado recuerdo de los poetas mayores. Pero de quien extrajera la chispa sentimental con mayor asiduidad y con más fidelidad es del francés Lamartine, maestro en quejas y ternuras, fuente inspiradora de lamentos y nostalgias. Reiterado lector del francés, al punto de "saberse de coro" como dijera Palma, no es de extrañar que sus descripciones reprodujeran el estilo y el sentido ajenos, o compensando con ricas y exquisitas imágenes sus dolorosas caídas formales. El mismo confiesa con ponderada admiración su ansia de tener en su estilo "los colores con que Lamartine engalana sus descripciones". Por lo menos en el Perú consiguió sobresalir en este aspecto, el de describir los cuadros, evocar imágenes y narrar los hechos con más hondura sentimental, con un acento realmente conmovedor. Si juzgamos por la temprana edad del poeta, nos resulta demasiado prematura la queja constante, una queja en tono mayor que, por lo reiterado y monótono, encalla en sensiblería. Este afán de alcanzar las excelencias formales y agudezas de

lamentos de otros artistas que con más espontaneidad conocían de extraer los jugos de su tradición y exprimir la riqueza espiritual propia, hizo deslizar su numen por planos inclinados, recargándose en ropaje y frondosidad lo que no podía crecer en sentido vertical. En la mayoría de los casos lo salvan de una caída total los motivos que campean en su trama poética: religiosos, patrios o morales. Si se exceptúa la marcada influencia lírica de Lamartine que está patente en todo el recorrido de su obra, difícil es precisar dónde y hasta qué grado pesan las otras influencias de románticos europeos (dificultad que, por otro lado, se complica por la mutua interferencia entre ellos, porque repitiendo las mismas ideas y los mismos sentimientos, en virtud de una influencia directa, o a través de otro temperamento que ya la había sufrido, reduce el total de la obra a un mismo espíritu, que por su obligada repetición, llega a ser monótono, por no salir del viejo recipiente a recibir renovadas y vivificadoras corrientes). Sin embargo de sus trasplantadas emociones, de sus arrebatos líricos y los rípios que entorpecen la limpidez del verso, no se puede negar que sus pocos y breves aciertos llegan a alturas insospechadas; late la calidad superior de la idea encerrada dentro de los límites estróficos que obedecen la ley del ritmo y la rima. ¿Cómo no reconocer el fondo contenido en la siguiente cuarteta?:

Todo en el mundo para mí es un canto
todo en la vida es para mí un acento,
que hablan de un ser incomprensible y santo
que no puedo mirar pero que siento.

Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»

La huella religiosa se traduce en la mayoría de sus piezas sobresalientes. La fuente inspiradora de la poesía es Dios; más aún, la poesía misma es Dios para Márquez, según se desprende de este bien acertado trozo:

Dios es amor y amor es hermosura
y hermosura y amor la poesía:
la fuente es esa inextinguible y pura
de la que es una gota el alma mía...

Claro que no se puede caer en el error de atribuirle propiedad y originalidad en los fragmentos transcritos, y que corresponden a "Mi Poesía", reputada entre las mejores de su producción. Pero si la idea, el sentimiento y la metáfora son recursos que no le corresponden, algo existe que su ingenio imprimió como suyo: la soltura y facilidad en la versificación, que es cosa no común ni poco mérito, más cuando entonces no se podía esperar al poeta creador en aquella legión de rapsodas y desdichados

sentimentales. Acaso por la elegancia en la presentación y la musicalidad impecable resulte Salaverry el más interesante de los bohemios, pero de ninguna manera por la hondura del sentimiento, el hielo de la tristeza, que hicieron de Márquez su paladín y su cantor, su más dechado representante.

Propiamente en tres tomos están contenidos sus versos: primera colección de "Notas Perdidas" que data de 1862; segunda edición de "Notas Perdidas" de 1872, que es edición aumentada; "Prosa y Verso" de 1901, el más acertado librito, donde se hallan sus poesías de índole científica. A menudo se cita como producción de importancia su "Canto a San Martín" que desgraciadamente no la conocemos, pero que no creemos que sea sorprendente si juzgamos por el resto de su obra, que obedece a mayores caídas que aciertos (1), no obstante que Palma considera que lo mejor de su repertorio se halla desperdigado a través de periódicos y revistas. Además muchos sueltos que andan volando en hojas periodísticas ya están contenidos en volumen (2).

Pero al mismo tiempo que la estrofa perfecta y la armonía feliz constituyen uno de los mayores aciertos por cuanto aplacan un deseo de los sentidos, estos mismos elementos son, por otra parte, vallas infranqueables, diques artificiales que aprisionan las ideas, las sojuzgan y las mantienen en severa reclusión. Paradójico resulta que este poeta, confeso de ideas liberales, partidario de dar rienda suelta al vuelo imaginativo, haya observado en sus trazos de cuartetas y octavas reales un riguroso control y hasta una tiranía mental del pensamiento. Por eso es curioso encontrar una estrofa magistral al lado de un verso pobre, producto de una inspiración incierta y desigual que sólo puede compensarse con la prodigiosa facilidad con que eran escritos. Ventura García Calderón escribe: "las incertidumbres de su vida explican la desigualdad de su inspiración o a lo menos la excusan. Por momentos eleva su nota a un tono original y exaltado; no deja tiempo a nuestra admiración porque en seguida vulgariza. Su mal gusto es extraordinario; diluye bellas ideas en estrofas hinchadas. Cuando acierta tiene la negligente facilidad de Musset: parece hablar espontáneamente en verso".

(1) Conocimos después, de manos de la hija del poeta, esta composición que fuera escrita a instancias de la Municipalidad de Lima para conmemorar el aniversario patrio, y que con firma a nuestra presunción anterior.

(2) Como ocurre con "Mi Poesía", composición de buenos quilates, publicada en "La Revista" de Lima, T-II, 1860, escrita en Estados Unidos, recogida en "Notas Perdidas", 1862; y en los tomos IV y V de la misma revista la leyenda "Manco Cápac", también consignada en la Colección de **Notas Perdidas**.

Una de las más excelsas virtudes en este hombre, acaso la única, es que el verso fué en su busca y no al contrario; de ahí que su fecunda labor tenga la fundamental característica de ser vertida sin dolor. (Cuando el novelista *Ciro Alegría* cierta vez fué interrogado por un periodista, cómo así había llegado a la novela, él le respondió: "yo no fuí en busca de la novela, ella vino hacia mí"; razón sobrada que justifica, cómo "El Mundo es Ancho y Ajeno" [Premio Latinoamericano, 1941, 509 págs.] fué escrito faltando sólo unos tres meses para su presentación al concurso. Sólo que *Márquez* perteneció a una época de elemental confort y reiterada bohemia, y *Alegría* vivió el asperísimo drama de una sociedad y de un pueblo).

De ahí también que la admirable facilidad del poeta para escribir lleve consigo deficiencias abultadas, como la esterilidad de ideas cubierta de hinchadas frases. Cuenta la hermana del poeta que éste nunca meditó para escribir, ni corrigió después lo publicado. A veces solía dictar, tan velozmente que no se daba tiempo para leer lo escrito, o escribía a vuelapluma todas sus composiciones, ninguna de las cuales ha sido corregida. Por eso la desigualdad en su corte poético hasta entrada la madurez, con que empiezan a terciar el raciocinio y la meditación. Sólo en el tema científico se vió obligado a bosquejarse un plan y trazarse anticipadamente un esquema.

Al escribir la silva "Al Sol" se propuso igualar a *Espronceda*; el afán le perdió. De donde, por esa ansia loca de igualar o superar a los maestros, encontró su sitio al lado de los de segundo orden. *José de la Riva Agüero*, confrontando valores en su "Carácter de la Literatura del Perú Independiente" (1905), tal vez con un criterio de predisposición ideológica, trata de expresar lo más que puede los méritos del poeta y escribe: "... de la lectura de las citadas obras —se refiere a "Notas Perdidas", "Prosa y Verso" y "Canto a San Martín"— deduzco que es poeta mediocre, igual que *Althaus*, menos que *Salaverry*; no trae una nota original, no presenta un sello personal, una tristeza suya, una energía o un entusiasmo peculiarmente suyos: repite lo que otros han dicho". Añade luego: "No quiero decir que no sienta lo que escribe; no, *Márquez* es un imitador, que lo que en él leemos ya está en otros poetas". Juzga *Riva Agüero* que *Salaverry* posee más personalidad, lo que es cierto; mayor tersura en la música y hasta más elegancia, lo que también es verdad; pero no reconoce en *Márquez* mayor fuente de riqueza, más hondo sentido lírico, mayor vuelo en la imaginación desplegado a lo largo de toda su obra. Tal vez el mérito de mayor lustre de toda su poesía reposa en el trasfondo de la misma, que es un espíritu y una posición, bullente

de calor y de vida, buscando una forma más cómoda de expresarse, una intención clara de humanizar el arte y una intuición de recoger en verso todas las manifestaciones sensibles del hombre. No queremos con ello justificar la vieja y gastada hipérbole de quienes en sus juicios literarios reclaman de gran poeta para el que se presenta a la mano; pero no queremos caer en la injusticia declarando al autor de *Notas Perdidas* mediano o mediocre poeta. Su recargada desdicha, su reiterado sentimiento, pueden causar mal humor y tedio cuando se leen, pero ello no oculta la viva imagen que se mueve en medio de las palabras, latiendo perennemente y proyectando luces. Muchas veces el lenguaje de un artista se hace indescifrable, y la pobreza de su léxico no puede dar cabida íntegramente a la rica elaboración de su inteligencia. Algo de esto fluye del seno de uno de sus versos cortos titulado "Yo no amaré jamás":

Los que a la vida nacen
con una dulce lira,
reciben un espíritu
más puro al existir;
y tienen un idioma
que canta y suspira
y una alma que presiente.

No se puede negar que casi con frecuencia resaltan las incorrecciones y terminologías impropias, como aquello de recibir un espíritu más puro "al existir"; pero los tropiezos gramaticales son ventajosamente compensados por la altura del ideal y el soplo imaginativo. Además, ya señalamos que las fronteras de ritmo, rima y metro, tan severamente observadas por el poeta, hacen decaer por lo común la intensidad de la idea, no permitiendo su desborde natural. Si la imagen y el concepto se hallan encerrados herméticamente en las leyes del verso cortado, cosa diferente ocurre en la prosa de Márquez, donde el pensamiento halla sendero libre y amplios horizontes para su culminación. Esto sería suficiente para explicarnos por qué no fué Márquez el poeta redondo de su tiempo, y en cambio el desliz verbal y el agudo sentir perturban que su poesía sea limpia y cristalina; sin embargo brotan de su musa pedacitos de diamantes que son capaces de iluminar la oscura e incolora densidad de sus demás versos. Pertenece la siguiente plegaria a una corta poesía, "A la Virgen":

Y buscaré en tu memoria
la paz, la dicha, la gloria,
y para tu nombre santo
tendré en el laúd un canto
y en el alma una oración.

Algunos de estos versos destilan cierta serenidad y compostura si se piensa que el movimiento intelectual del 48 fué de inestabilidad espiritual; se rompían los fuegos contra todo clasicismo y se abrazaba el libérrimo romanticismo, con todas las consecuencias que sobrevendrían: el brusco choque de dos formas distintas de pensar, la violencia poética que se manifestaba en arranques tempestuosos, *impromptus* desconocidos. Palma nos refiere cómo "fuera de esa bohemia estudiantil, no había en Lima sino literatos que empezaban a peinar canas, y esos en reducida cifra —Don Felipe Pardo y Aliaga, Don Manuel Ascencio Segura, Don Manuel Ferreiros, Don José María Seguín, Don Manuel Castillo, Don Ignacio Novoa, y Don Miguel del Carpio". Del mismo modo nos refiere que casi todos los jóvenes tuvieron que habérselas con temas políticos, y no pocos ministros y diputados sirvieron de blanco a las plumas más satíricas: "Márquez, Corpancho, Cisneros, Camacho, Salaverry, Heros, el que esto escribe y otros, —escribe Palma,— establecieron una subasta pública de pollinos, y en versos se formulaban las propuestas y las adjudicaciones al mejor postor, y el público reía a todo reír. ¡Cuánto ingenioso y cáustico varapalo a ministros y diputados! He olvidado cuál de nosotros fué el autor de este pareado, que vive hoy mismo en boca de todo limeño, y con el cual inmortalizamos a tres copleros infelices:

Fuentes, Morante, Iturrino:

Suma total: un pollino.

Es de esa época también la sátira marcada al Congreso, y uno de los autores, atacando a diputados del mismo, terminó su composición así:

Esa es teta, señor propinante
Si un bruto salvó a Roma ¿Cómo diablos
no salvan a esta patria tantos brutos?

Es explicable que el temporal del pensar —aunque sólo superficial y periférico— no dejaba tiempo para el peinado de las letras, y que en muchos encrespamientos vaya por dentro una auténtica inspiración poética. Clements R. Markham, en su "Historia del Perú", consigna frases de elogio para el poeta: "Arnaldo Márquez —dice— es decididamente el poeta de esta generación".

El poema "La Humanidad" ha sido escrito en 1866 y está dedicado a Vigil. Ya hemos considerado esta meditación como un segundo capítulo en el pensamiento de su autor. Y es que representa una coronación de las emociones juveniles, donde el tono festivo o alegórico de sus en-

sayos primeros encuentra su tope, para dar lugar a una nueva sensación, más humanista; aunque no siempre de mayor hondura y profundidad vertical. Ejercen en el cerebro de Márquez perennemente la idea de lo remoto y lo lejano, un gaseoso pero sincero concepto de fraternidad sin límites, la burbuja naciente de una apreciación de la justicia. Ya no es el lirismo simple que canta a flor de labio motivado por la lectura de versos del mismo jaez; ahora la inquietud filosófica, la incitación moral y la necesidad de dar un sentido sólido a las ideas, se expresan en estos tanteos y ensayos poemáticos que constituyen "La Humanidad", y aún la leyenda "Manco Cápac". Bastaría sólo la intención para adjudicarle al primer poema un lugar preferente dentro de su repertorio; no disminuyen gran cosa, la calidad del poema, el cuadro arbitrario presentado y el tono de aburrimiento que en realidad se experimenta al leer el largo poema. Rimán a través de esta sentencia la admonición del moralista y la cólera del cristiano en mayor grado que la belleza literaria o la inspiración estrictamente poética. Y esto no debe extrañar. Márquez es ánima que persigue el bien, no importa que por senderos equívocos, que vaga dentro de él un apóstol que se expresa en lenguaje poético. El verso es vehículo en Márquez, y lo que conduce es un tremendo mensaje arcangélico. ¿No se reduce este poema a un diálogo entre el ser de la tierra y el Dios de los cielos? En él se describen las sucesivas esclavitudes que han oprimido al pueblo. Su progresiva liberación, y los castigos que caen sobre las naciones opresoras: Egipto, Fenicia, Grecia y Roma:

Biblioteca de Letras
"Jorge Puccinelli Converso"

Yo escucho la promesa soberana
que la justicia al porvenir aduna
mientras la frente de la estirpe humana
se humilla al pedestal de la fortuna:
resplandece a mis ojos luz lejana,
veo nacer en las naciones una
y el germen Dios en su recinto encierra
que la esperanza volverá a la tierra... (Canto IV)

No se trata de supervalorar esta pieza, por lo demás rezumante de una languidez fastidiosa, por lo monótono del golpe sentencioso, el cuadro desgarrado e incompleto o el vocabulario defectuoso; se trata más bien de justipreciar el esquema del artista, trazado al compás del sentimiento, y conjugado en la espuma que las doctrinas filosóficas y morales surtían por entonces a las mejores inteligencias. Cuando ningún poeta osa blandir su pluma en favor del bien y para combatir el mal, Márquez se despoja de su ropaje y tira lanzas por mantener la línea del

artista; por eso fué tan perseguido y tan injustamente incomprendido. Nadie de la promoción romántica sacudió más la mentalidad de los hombres que José Arnaldo, abriendo nuevos surcos, dilatando el horizonte e iluminando el pensamiento.

Seis años antes, en 1860, había escrito la leyenda "Manco Cápac", que es un vigoroso y frustrado ensayo de hurgar la tradición. Lo propio hicieron, pero con maestría que conjuga lo pasado, lo raro y lo espontáneo, los románticos alemanes reviviendo a sus Nibelungos, y los franceses desterrando a galos y a francos, avanzando más allá del inmediato pasado greco-latino. Por desgracia, no fué lo más remoto lo que más incitara a nuestros poetas, a pesar de la riquísima tradición nativa que entonces permaneció inédita. Acostumbrados a considerar la tradición como un amasijo de cosas más o menos viejas, más cercanas que remotas, se limitaron nuestros románticos conceptuales a ceñirse en la más próxima fuente de inspiración, recortando la historia a la Colonia. El resultado no se hizo esperar: surgió la leyenda, como cuento de hadas, como relato de temas exóticos y personajes encontrados, mecida a lo más por bríos sentimentales y sedientos de cosas extrañas. La Edad Media occidental sedujo en grado mayor que el tesoro del Imperio, los motivos de la Colonia más que las hazañas de los Incas, los conflictos menudos de casa más que los choques espirituales pretéritos, y de esta manera los intentos literarios de carácter histórico o tradicional resultaron fallidos, frustrados desde su base.

Naturalmente no ha sido excepción la leyenda de Márquez, que respira un anhelo por lo fantástico y desconocido a pesar de la intención y el abolengo del tema. El poeta siempre es el mismo, inflexible, serio, elevado y sano en lo que se refiere al pensamiento; sobrio y correcto en lo que toca a la forma. Hay en toda la composición el mismo perfume de bondad, la misma aspiración al bien, una concepción inequívoca del deber, sin olvidar que el más ancho campo está dado a los sentimientos, sólo que éstos, elevándose del plano individual a las impresiones que experimenta la humanidad, pierden en intensidad y fidelidad, porque no siempre los azares individuales concuerdan con la marcha del mundo. En el caso de Márquez la rica imaginación engendra un cuadro fantástico, aunque con los colores correspondientes a la natural condición de cada hecho y cada personaje. El poema pinta al célebre inca Manco Cápac, afanado en hacer la dicha de su pueblo. Como jefe de estado, provee todo, distribuye la propiedad, formula una ley de trabajo, obliga a casarse a los jóvenes y, ¡tiempos aquéllos!, todos se aman. Esta es la ver-

dad ⁽¹⁾. Naturalmente es un poema de evasión, que gusta olvidarse del filisteísmo presente, recreándose en bien sentidas aunque no bien imaginadas remembranzas. El chileno, Adolfo Valderrama, al escribir casi por los años en que apareció la leyenda, se dolía de que Márquez careciese de sentido realista, y decía, no sin razón: "Debemos convenir, sin embargo, en que aquella época pasó, que en el estado actual no se comprende aquella forma de gobierno y que no podemos considerar esta bella composición del señor Márquez, sino como uno de esos viajes que hace al país de la dicha una alma fatigada por las luchas de la existencia" (Rev. chilena, 1878, tomo 11). Sin embargo, el poeta no está desprovisto de razón para cantar al pasado, después de contemplar la perfidia de los hombres, la miseria que constriñe al ideal y los dolores que aquejan a la humanidad. Claro que un canto a la justicia no es el remedio que cure los males terrenos. Parece que Valderrama quería ver en Márquez poeta al hombre de estado, confundiendo las circunscripciones del arte con las de la ciencia, y repite la sentencia de Platón de coronar de laureles a los poetas y expulsarlos de la República, y claramente dice: "El señor Márquez es un poeta, pero no es un estadista; yo lo haría director de una universidad, pero vacilaría mucho para hacerlo inspector de barrio". Incuestionablemente y bien entendida, la política de los pueblos es una ciencia que se cultiva, y ciencia estricta en la que no cabe la fantasía de poetas, pero Márquez es un ave que canta, y como tal crece a nuestros ojos y nos hace sentir no sabemos qué respeto a la inteligencia. Hay mucho de místico en la obra de Márquez, a menudo alternan en su labor la lira y el salterio; cuando sus cantos dejan de ser poesías, cobran la solemnidad de los salmos. Cuando pinta la coyuntura que une a Manco y a su esposa, se escapa de ello un aliento sagrado de amor que sin duda recuerda en el poeta viejas y encendidas pasiones:

No sabe lo que es la vida
quien nunca amó...

El último capítulo de la poesía de Márquez es la científica, brevísimo pero el más interesante, por representar la reflexión puesta en la labor y la superioridad en las ideas. "La dificultad de convertir —escribe Menéndez y Pelayo— lo científicamente entendido y contemplado en fuente de emoción poética en rarísimo" (Antología de la P. Hisp.-Am.). Cuan-

(1) Cuenta el cronista Cieza de León que allá por los primeros años de la conquista oyó de labios de un indio decir esto: "Estos son tiempos buenos, se parecen a los de Topa Inca Yupanque".

do el entusiasmo por la ciencia le mostró una perspectiva más amplia, se abrió para él otro horizonte ante las maravillas de la naturaleza. Sus poemas de este carácter tienen como temas a la creación, la vida y las leyes que la rigen, la materia y sus diversas transformaciones; cierto es que sólo como referencia, pero que constituyen un indicativo de la especulación por terrenos más exactos y menos fantásticos. Este nuevo derrotero marca en su vida y en su obra una confrontación más estrecha con la realidad cuyos resortes empiezan a sujetar las alas del poeta puro. Sólo dos poetas de la promoción del 48 han incidido en una u otra forma en el tema científico: Luis B. Cisneros y José Arnaldo Márquez. El primero cantó su devoción a los últimos inventos de la inteligencia humana; el segundo avanzó un poco más, trató de identificar los principios científicos con la poesía en una concepción nebulosa. El prodigioso globo imaginario que había crecido con los años de la juventud, fué desinflándose a medida que la terca realidad y los primeros años de la vejez echaron sus sombras sobre sus sueños, y abrieronle al mismo tiempo un senderillo a las postreras inquietudes. Y la ciencia reemplazó en el hombre a la poesía. De ahí esta curiosa y rarísima mixtificación entre lo cierto y lo imaginado, entre la intuición supuesta y la constatación exacta. De no mediar en Márquez el tradicional criterio de veneración a las letras, el ambiente propicio y sedante de la Lima de todos los tiempos y la total despreocupación por la ciencia creadora, pudo haber resultado un hombre diferente y decididamente hombre científico y descubridor. Si por muchos aspectos la producción poética de este limeño nos consuela, por prestarnos el deleite espiritual y el reposo de la mente; por muchos otros nos duele que inteligencia tan brillante se haya extinguido en faenas estériles, pudiendo haber dado luces a la ciencia que tanta falta nos hace.

No aparece, ciertamente, en las piezas de carácter científico, desarrollada la teoría filosófica que le sirve de base, en cuyo caso habría resaltado la importancia didáctica de la poesía. Es que Márquez no se propuso enseñar, sino mostrar aquella vibración que había conmovido su espíritu, motivo de sus hondas reflexiones. Eran la majestad de los principios de la ciencia, la perfecta distribución de la energía, las leyes que rigen el equilibrio universal de las cosas. Su amor por la ciencia en la edad madura debilita las cuerdas de su lira; el aplomo de la reflexión y los conocimientos produce esos versos de más sólido cimiento y en los que la lógica ejerce sus principios para la construcción mental, transida de incitaciones metafísicas.

EL PROSADOR

A pesar de que no ha habido crítico que destacara este aspecto de la obra del autor, que es sobresaliente, o que habiéndolo juzgado en líneas generales se haya limitado a otorgarle elogios de segundo orden, creemos nosotros que es en esta parte donde pueden encontrarse los jugos intelectuales más fecundos, precisos y provechosos de Márquez. Si los versos le sirvieron de alas para elevarse muy alto, al país de los ensueños, hay un talón de plomo en su producción que es constatare campana de realidad, que retiene los vuelos desenfrenados de su imaginación. Por ello, los elementos fantásticos ceden el paso a las irrupciones del ensayo, la observación, la investigación, el análisis y el juicio crítico sobre hechos tangibles y sucesos históricos. El que sin prejuicios lee una obra de Márquez de este carácter, no adivina ni por un instante que se halla en presencia de un temperamento poético y decididamente idealista. Después de repasar las páginas de "El Perú y la España Moderna", "Recuerdos de Viaje a los Estados Unidos" y uno que otro libro pedagógico, no queda otra sensación para el lector que la producida por efectos de una certera interpretación objetiva de ideas o un relato fiel y casi estricto de sucesos y fenómenos. Por debajo de esta prosa fluida y original recorre una fina sensibilidad de poeta, de historiador, de erudito, que se esfuerza por extraer conclusiones científicas y exactas de temas variadísimos. Las fuentes de estudio y examen, los motivos de análisis y meditación, son tan diversos que pueden estar comprendidos en un mosaico literario, y si existe algún color unitario que une o trata de dar sensación orgánica a la obra en conjunto, tal vez sea la perenne preocupación por el hombre, una avidez apostólica que inquiere por la conducta humana y el bienestar del mundo, esa ansia terca que cree descubrir en cada caída del hombre un germen de superación. Posiblemente ésta sea la característica de la obra del escritor. No importa que en determinados momentos el examen se detenga en un radio circunscrito, humano o geográfico, como cuando describe en "Prosa y Verso" la idiosincrasia y naturaleza de la mujer inglesa, francesa, alemana y española, y sobre todo del temperamento español; o cuando establece, precisando los límites, las relaciones históricas o culturales entre nuestra América y la Vieja Europa, o más precisamente entre Perú y España. Pero entonces el sentido universal de su visión es analítico, de profundidad, en sentido vertical, como debiera entenderse estrictamente la universalidad.

No es exactamente lo humano en sentido filosófico la veta de sus preocupaciones, a modo de los renacentistas; pero es la inquietud por la concepción del hombre la que trema en toda su producción. Cuando teje una historia —tal por ejemplo "El Perú y la España Moderna"—, la peripecia del escritor se concentra en descifrar los disloques y los símiles, diferencias y afinidades, y después de interpretarlos en plano de igualdad, juzga y separa valores, acusa todo lo que lesiona un valor y exalta aquello que dignifica al hombre, de acuerdo al criterio de libertad, sacrificio, heroísmo, patriotismo, continentalidad, etc. Cuando narra un viaje o describe un pueblo y un paisaje, no es el color sensible y adjetivo de la naturaleza o del hombre lo que surge del cuadro observado. es la fuerza interior de las cosas que mantiene la actividad objetiva, es la energía del hombre que, experimentando cruenta lucha, surte de vigor para el dominio propio y el dominio del mundo físico. Cuando medita en los principios filosóficos y sistemas de moral, aunque con criterio didáctico más que con fines especulativos, es para extraer de ella juicios de valor capaces de aplicarse en la modelación del espíritu, normas o patrones axiológicos, providencialistas, con ciertos ribetes de razón. Cuando boceta y sienta principios de una educación popular, está echando bases para una pedagogía moderna que, desprendiéndose de la estricta tutoría eclesiástica, liberta la enseñanza y traza su radio de acción en beneficio de los humildes y con claras direcciones éticas. El humanismo gaseoso del autor, que se advierte en su poesía, por ser declamatoria y lírica, ricamente idealista, encuentra su compensación en el concepto humanitario que está patente en sus escritos de gran extensión, que coge al hombre como objeto reflexivo, pero sin despojarlo de sus atributos reales, contingentes, sujetos a la modificación de la historia y los cambios forzosos que impone el tiempo. Dos son los libros de Márquez en que la prosa brilla por su fluidez y las ideas traducen irremisiblemente la inquietud de un hombre de las postrimerías del siglo pasado, y, en muchos aspectos, adelantándose previsoramente a hechos que nuestro tiempo ve acontecer y justifica: "El Perú y la España Moderna" y "Recuerdos de Viaje a los Estados Unidos de Norteamérica", sobre todo este último.

"El Perú y la España Moderna".—Vigoroso y bien intencionado relato histórico, importante por significar una exégesis de la patria independiente. Es un ideario de auténtica peruanidad, en función continental. Doblemente significativo, por arrancar de la victoria de Ayacucho, en que se juntan las fuerzas de liberación americanas, y concluyendo con una acentuada invocación anfictionica a nuestros pueblos ante la ame-

naza de la España moderna que parece clamar una nueva capitulación, un nuevo Ayacucho.

Se ha querido encontrar en la ideología de esta obra, por parte de críticos enamorados de la colonia, un juicio parcial e interesado, francamente anti-español. Antes habría que estar de acuerdo de si la crítica —o cualquier otra disciplina de este jaez— ha de ser necesaria y dogmáticamente imparcial, y si esto acontece con fidelidad en quienes así sostienen ortodoxamente. No creemos que el hombre de pensamiento —el artista o el crítico, el historiador o el filósofo— esté eximido de relativa parcialidad y de dejarse arrastrar, muchas veces en grado mayor que el hombre común, de grandes o pequeñas pasiones. En cambio, se puede ser objetivo y veraz sin correr el riesgo de ser acusado de parcial. Además, la época de Márquez vió desplomarse el concepto absolutista de las monarquías y fulgurar la aurora republicana, como orden superior de vida de los estados. Subsistía —como todavía subsiste en casos excepcionales y modificados— el diálogo mental a que semejantes sistemas de gobierno condujeron, y en cuyo hervor se vieron envueltos nuestros pueblos de América. La discrepancia de sistemas y doctrinas, de republicanismo y monarquismo, que alcanzó caracteres grávidos en el siglo pasado, es lo que de primera intención preocupa a los hombres, divididos por murallas insalvables. Fué adhesión al principio liberal y republicano, y no anti-españolismo, lo que determinara en Márquez su indesmayable lucha y su aguda crítica a la política española. Los veinticuatro capítulos que componen esta obra están transidos de una idéntica emoción y una identificación con los ideales bolivarianos de unificación de pueblos, y libertad y autonomía de pensamiento. Por ejemplo, en el capítulo I, dedicado a la Independencia, analiza la gesta heroica, desde sus orígenes, y enjuiciando el proceso libertario, como la acción de una comunidad de pueblos; más aún que por su origen, cree ver la hermandad de los países indoespañoles en la comunidad de desgracias durante tres siglos de grillete colonial. "En la misión providencial que así debía cumplirse, estuvo destinada nuestra patria —Ayacucho— a ser depositaria de la postrera y más sublime página de esa epopeya colosal y vinc por esto a ser el nudo del lazo fraternal de las nuevas repúblicas". Es también significativo subrayar el eficaz apoyo de hombres e ideas del viejo mundo, pioneros de la nueva época, que pensaban en moderno, de acuerdo a las alturas y exigencias del siglo. Será difícil borrar los nombres de Canning, Cockrane, Miller, Guisse, etc., o desconocer la saludable transformación operada por el espíritu de las doctrinas democráticas provenientes de Francia. Contrastando con estas ideas se observa

que la educación española había sido puramente militar, habiendo crecido en la escuela de siete siglos de guerra con los árabes, y de contiendas interiores, a menudo mezquinas; poco antes de la conquista de Granada. sus pueblos eran un conjunto abigarrado y heterogéneo sin más vínculos efectivos que la intolerancia religiosa y el odio a los enemigos. "Fue el genio de un extranjero —dice Márquez,— quien lo arrastró al descubrimiento de la América". A ratos, la exaltación y el arrebató infunden el tono de los escritos rompiendo la serenidad del crítico para dar paso al espíritu de actor o protagonista, hecho que se justifica por la función misma del escritor envuelto en la malla del problema y por reacción natural ante un clima que, históricamente liquidado, pretendía renacer en forma de reconquista. Refiriéndose a semejante contumaz empeño, Márquez afirma que "la obra de España en el Nuevo Mundo ha sido como la de los huracanes: destruir y arrasarlo el antiguo bosque para dejar abierto el llano a la simiente y al arado del cultivador". El autor recusa la parte negativa que trajo el sistema español, y se extraña con espanto frente a nombres que los hace simbólicos de la crueldad y la perfidia: Vitelio, Don Julián, Torquemada, Pizarro, Valverde, ante los cuales la figura del apóstol De las Casas no aparece sino como un actor impotente o más bien como un severo testigo. ¡Qué diferente resulta la grandiosa tarea de los ingleses en un suelo mil veces más árido y hostil! "La idea redentora que salió de las costas de Inglaterra encarnada en un puñado de peregrinos, había tomado posesión de Plymouth, una roca levantada en las playas de América del Norte". La roca inculta se vió pronto, como por obra de un milagro, convertida en tierra labrantía por virtud de la herramienta del pionero.

El segundo capítulo, referido a la CAPITULACION DE AYACUCHO, arranca con una frase de hondo contenido moral y de enseñanza. "Los sudamericanos —dice— presentaron en Ayacucho el primer ejemplo que registra la historia de magnánimo olvido del pasado y de sublime generosidad con enemigos tan feroces". Analizando el espíritu del documento de capitulación, percibe con claridad expresiones de dos temperamentos o formas mentales que, aunque Márquez las cree totalmente contrapuestas, no dejan de tener algunas raíces comunes. Por ejemplo no son atributos específicos y exclusivos del español la arrogancia, el egoísmo, la mezquindad y la indolencia; comparte de algunos de ellos el carácter americano. En cambio harto cierto es —amargamente cierto para España— que lo que con más fuerza solicita la parte española en la capitulación es, ante todo . . . un poco de dinero. "Algo más valioso obtuvo, sin embargo, al salir de América. Los vencidos de Ayacucho

llevaron a su patria el germen de las ideas liberales, y más tarde han llegado a constituir el Partido Democrático Español (germen, a su vez, del actual partido republicano), hoy la única esperanza de España”.

Los capítulos tercero y cuarto examinan las cada vez crecientes relaciones de Perú y España, en que el primero, haciendo honor a las cláusulas del pacto de paz, dicta leyes entre 1831 y 1849 creando legaciones y abriendo sus puertos a la bandera mercante de la Península. Pero, sobre todo, como una manifestación acaso exagerada de ese sentimiento se apresuró el gobierno a enviar a España un ministro de primera categoría a objeto de negociar el reconocimiento de nuestra independencia, misión que fué confiada a Don Joaquín J. de Osma en 1853 (antes, en 1835 lo había sido Dn. Felipe Pardo, designado por el presidente General Salaverry).

Márquez se refiere en los capítulos finales a los episodios que precedieron al conflicto con España; muy singularmente señala la actitud del gobierno chileno, de desprendimiento patriótico y heroico frente a la agresión. España empezó por aniquilar a Chile, posible aliada del Perú, so pretexto de reclamar explicaciones y ajustar cuentas, como “los gritos de simpatía que sentía por el Perú, lo mismo que la venta de caballos a este país durante las operaciones navales”. Y bloquearon 60 puertos chilenos con sus cuatro buques. El gobierno chileno, sin titubear, y con el voto del Congreso, declaró la guerra, a pesar de lo extremadamente débil que resultaba su escuadra defensora que se reducía a una corbeta de madera. Pueblo más indefenso que el Perú, con recursos infinitamente menores, pero con una resolución inquebrantable, fué lentamente reduciendo el bloqueo de pape la solamente dos puertos. Márquez justifica ambas actitudes con una frase cáustica, verdadera y amarga: “Chile tenía un gobierno chileno, mientras el Perú había tenido un gobierno español”.

Los tres últimos capítulos cobran mayor aliento y vigor por la trama que desarrolla. Son como tres escalones de tiempo que coronan el relato y por los cuales pasa tajante un viento de seguridad y determinación, de esperanza, hacia la fusión ideológica de los pueblos que, con más propiedad, llamaríamos Indoamericanos. Inequívoca es esta certera visión de Márquez, que apunta a la anfictionía americana como medio de hacer unitario y fuerte al mundo Indolatino. Constituida la alianza con Chile, simultáneamente se adhirieron Ecuador y Bolivia, formando la cuádruple muralla del Pacífico. Márquez escribe al respecto: “Las cuatro naciones unidas fundaron el más sólido cimiento en que pudiera levan-

tarse la unión de las repúblicas de nuestra raza". Con el accidente de Abtao, empezaron a declinar los agresores, y la agresión misma cobró contornos execrables cuando el Brigadier Méndez Núñez intimó al gobierno chileno su resolución de bombardear el puerto de Valparaíso si no se rendía; 4,000 balas y bombas hizo llover la civilizada, la valerosa, la hidalga España moderna, sobre una población indefensa, al grito de ¡Vida la Reina!, ¡Viva España! Márquez recuerda con horror dos cuadros que en la historia pintan con elocuencia a la España Antigua y a la Moderna: Hernán Cortez incendiando sus naves, y Castro Méndez Núñez incendiando a Valparaíso.

Con el desastre vergonzoso sufrido por los pretensos reconquistadores el 2 de mayo, en que el Perú se cubrió de gloria con la pérdida de Dn. José Gálvez, ¿qué demostraba la España de entonces que no fuese consecuente con el atropello tradicional de que hizo blanco a nuestra América?

El capítulo final del libro de Márquez es una punzante interrogación, a la vez que una advertencia. ¿He terminado la guerra? —No. El autor escribió esas páginas no bien cesaron los fuegos en el Pacífico, vivo el recuerdo de aquel cuadro y aquella experiencia, que entonces parecía que, a cada instante volvía amenazante la visión gris de una nueva guerra. Y es que España estaba —como está ahora—, dividida por una muralla de sangre, por odios irreconciliables. El recurso que siempre ha creído fácil y posible de convertir en realidad ha sido el de volver los ojos a las ricas tierras que porora le brindaran fortunas ingentes en calidad de factorías.

«Jorge Puccinelli Converso»
Setenta años después de escrito este libro, cuando ya el mundo parecía haber abandonado el sistema de los gobiernos absolutos y las subordinaciones de los Estados por los Imperios, resucitó en España, de parte de los monarquistas sostenidos por oscuras fuerzas anti-históricas que se llaman totalitarismo o nazismo, el viejo sueño celestinesco de volver a las "Indias" del otro lado del mar como caballeros de la reconquista. Intelectuales peninsulares, delirantes del rescate, como Eugenio Montes, José María Pemán y otros, han llegado a nuestras tierras con el fin de sembrar el reniego de nuestro pasado, hablándonos del Imperio Incaico como de "grupos tribales y sin gloria" y recomendándonos las "dulces cadenas de Fernando".

Ahogada en sangre la heroica resistencia republicana española en 1936 por hordas mercenarias, aquel mismo año de fugaz victoria de la anti-democracia, la Real Academia de la Lengua, urgida de fines extralingüísticos, lanzaba la nueva edición de la Enciclopedia, en cuyo pró-

Logo afirmaba a las claras que, "el destino de España es imperial" y que ella "volverá por sus pasos históricos". En otras palabras, quedaba abierta la esperanza de reconquistar América. Como en 1866, las palabras de Márquez cobran vigencia. Sólo que desde 1936 hasta hoy el mundo ha sufrido dolorosas experiencias y se está sacudiendo, a través de las guerras, de muchos lastres como el que animaba a la España conquistadora a "volver por sus pasos históricos".

Recuerdos de viaje a los Estados Unidos de la América del Norte.—

Bajo este título José Arnaldo Márquez desarrolla las más consistentes páginas de su prosa, llena de zumo vital y elegancia de lenguaje poco comunes entonces. No tendría nada de extraordinario este libro si no llevara dentro de sí la viva inquietud del autor por establecer relaciones de conocimiento mutuo y ansia de vinculación espiritual entre los pueblos del Nuevo Mundo. Para ello utiliza como instrumento de exposición de ideas el de los hechos objetivos, verdaderos y fieles a la retina del observador desinteresado, de donde surge, naturalmente, más que de las declaraciones verbales, la eficacia en la apetecida unión cultural. Como el autor peruano, hubo otros escritores de talla que coincidieron en la faena de mostrarnos la vida norteamericana tal cual ellos la vieron: el argentino Sarmiento, autor de "Estados Unidos", el chileno Vicuña Mackenna, de "Páginas de mi Vida durante tres años de viaje", el cubano Martí, de "Estados Unidos". Cierto es que los puntos de vista no siempre coinciden, sobre todo en lo que respecta a la influencia que pesa sobre los pueblos del Sur de parte de los Estados Unidos. En cambio hay casi un acuerdo unánime en la manera de juzgar al pueblo del norte, levantado sobre la base incommovible de la libertad. En el siglo pasado ya había surgido el deslumbramiento por la nación yanqui como epicentro de la libertad y la unión, por un lado, y laboratorio de una civilización materialista, de otro. Así la vieron las mejores inteligencias del sur, y examinando el fondo mismo de aquel proceso, han llegado a encontrar varios resortes que mueven aquel crecimiento: temperamento racial, concepción clara de libertad, justicia y religión, voluntad de poder, que es la energía constante que hace elevar al hombre sobre los demás y sobre lo demás, justa distribución de tierras del primer puñado de pioneros, judíos y puritanos colonizadores, todo lo cual hizo profetizar, acertadamente, un maravilloso desarrollo del país, que jugaría rol preponderante entre los pueblos.

Es posible establecer entre Martí y Vicuña Mackenna una paralela en su visión de los Estados Unidos; así como otra entre Márquez y Sarmiento. Los dos primeros, muy singularmente Vicuña, han querido des-

cubrir en la nación del norte el germen de un coloso devorador, ansioso de multiplicar y convertir la energía humana en moneda contante por encima de los valores que nada tienen que ver con la riqueza sensual. La posición intelectual, y patriótica, de Vicuña —en parte de Martí— es de recelo y rechazo al país de cemento armado y escuadras comerciales creadoras de conflictos. Así como existe afinidad de pareceres entre Sarmiento y Márquez, también surgen algunas discrepancias, que no son pocas. Para Sarmiento el factor racial ha sido decisivo en el sentido de la cultura adoptada por Norte y Sudamérica, exalta las virtudes anglosajonas y deprime las propiamente latinas; por eso no atribuye la constitución norteamericana a Washington ni a Hamilton, sino a caracteres de raza propios de los puritanos y los cuáqueros. La abierta admiración al industrialismo yanquí, a la fuerza del acero y al auge de la máquina en general, permitió a Sarmiento conocer el lado científico y técnico de la grandeza norteamericana, más que los otros valores, que, como los del espíritu, fueron del dominio de Márquez. Una máquina que sirve para desgranar el maíz y otra para limpiar el trigo, son objetos que más atención le merecen a Sarmiento; el hecho de que al fundarse una aldea se implante un periódico que emitirá la opinión pública, es materia de más predilección para Márquez. Y mientras histórica y sociológicamente, el argentino se entrega al análisis de las razas fundidas en la conquista de ambas Américas, y percibe un incierto futuro para la América antes española si no se refuerza con el aporte del buen inmigrante europeo (anglo-sajón), Márquez tiene fe en la evolución de nuestros pueblos, que a base de una educación semejante a la norteamericana, con primacía, desde luego, de la científica y la técnica, y con claro sentido de una unión de nuestras repúblicas, de igual modo que los 13 estados norteamericanos, aseguraría el progreso bien entendido de los pueblos del sur. Este último aspecto, que no es el menor, ha merecido de Márquez una prolija atención y un meditado y razonado análisis, y cuyas conclusiones recién están siendo justificadas, por virtud de las grandes guerras que obligan la fusión de pueblos en bloques más o menos unitarios.

En cuanto al entendimiento interamericano, Márquez se maneja con el más ponderado juicio posible para evitar que su estudio sea parcial. Cuando para otros observadores resultaba fácil reaccionar de modo violento ante la envejecida e incapaz civilización hispánica, para entregarse de brazos a esa pujante nación anglo-sajona del norte por el mero hecho de ser joven y tener diversa educación y aparecer ante ella como apéndice cultural y geográfico, Márquez cuidó de pesar los valores propios de ambas Américas, en plano de igualdad, sin caer en el casi forzado vasalla-

je mental en que incurrían las mejores plumas. La visión de Márquez en la cultura norteamericana, extrae los mejores jugos que tiene de valor universal y permanente; no establece, por ejemplo, la diferencia temperamental de los hombres en razón de los ojos azules y el cabello rubio del yanqui, y el pelo lacio y la tez cobriza del indio peruano; en ambos tipos de hombre existe un fondo de invisible vinculación; una misma vibración espiritual, sólo con diferencia expresiva, recorre las capas profundas de los hombres. Contrariamente, Márquez tampoco cae en el error opuesto y extremo de condenar todo lo que sea yanqui —aún cuando esta posición ha sido justa y necesaria— en reacción a la escandalosa política expansionista de ese país —que posteriormente llegó a ser garfio y sistema—, y que generó lógicamente la protesta y el rechazo de Vicuña Mackenna, Martí y otros ilustres pensadores del siglo pasado.

La difícil, tenaz y sincera tarea de mostrar fielmente los caracteres de la cultura latino-americana, y, a su vez, extraer e interpretar los de la norteamericana en lo más hondo y rico que tiene, fué la más meritoria y útil función cumplida por José Arnaldo Márquez en el siglo pasado. En la época presente ha surgido en el Perú la teoría de un sistema de relaciones interamericanas sobre la base de una comunidad espiritual, primero entre los países de viejo talón cultural indígena y que denominamos Indoamérica, y luego, de una más vasta y relativa comunidad con los pueblos poderosos del norte y de extracción anglosajona. El entendimiento internacional según este plan se hace posible para estabilizar la paz y animar su unidad, una unidad de contenido real, que no sólo exista en la intención del término, sino que sea desenvolvimiento normal del deseo de sus habitantes, eliminándose la idea de prepotencia. El nuevo plan no sólo invoca y clama el vocablo que, a fuerza de ser repetido, resulta muchas veces vacío, sino que, establece y registra los medios por los que se logra esa unidad, y señala los otros que sólo crean dificultad. Queda de este modo superado el unilateral y elástico término "Panamérica", cuyo funcionamiento depende de una oficina de Washington cada vez que sea necesario velar con declaraciones el imperialismo de facto de ese país. Cuando se llega a confrontar el impulso y el alcance de este plan, moderno y realista, con la inquietud que bulle en el libro de Márquez, no es posible negar algunas similitudes que, aparte de la intención, guardan, salvando las distancias; por lo que nos permitimos valorar la obra de Márquez como la precursora de una fórmula y un plan que incitan e interesan a todos los hombres del nuevo mundo.

Precursor del "Interamericanismo Democrático sin Imperio".—En el prólogo de su obra "Recuerdos de Viaje" declara el autor: "Al visitar los

Estados Unidos he creído deber procurar que mi viaje pudiese ser en alguna manera útil a mi país".

Cada uno de los capítulos de que trata el libro, además de describir y exponer hechos, es un motivo de meditación, muchas veces un solo pretexto que da origen a la exposición, cuando no al desarrollo, de un aspecto de la idea central que lleva el autor.

Resulta de gran interés el capítulo LAS ISLAS DE LOBOS, en el que se intercalan, junto a la descripción literaria, juicios de índole económica, política, técnica, propios del ensayista. Al viejo proverbio de "más vale un pájaro en la mano que ciento en el aire", Márquez contrapone, en el caso de estas islas, invirtiendo el término, que allí los pájaros en el aire valen más que en la mano. El guano isleño es un descubrimiento de los peruanos, anterior a la conquista. Los peruanos, más civilizados que sus conquistadores, tenían leyes y reglamentos que regularizaban la explotación de esa riqueza pública, dice Márquez. En efecto, gracias a este sistema de abono, y al de regadío mediante el agua traída desde los Andes, los antiguos peruanos lograron hacer producir inmensas extensiones de la costa que hoy han vuelto a ser zonas desiertas y áridas (1). La falsa idea hispánica de que la principal riqueza la constituían los metales decorativos, como el oro y la plata, y el azogue o el mercurio, hizo que la agricultura fuese descuidada a tal punto que bien pronto los estanques construídos en las cordilleras, las represas y los acueductos, se convirtieron en ruinas o se obstruyeron, y los caminos decayeron por acción del tiempo y terminaron por borrarse.

El archipiélago de las islas de Lobos está formado por tres islas y fué descubierto por Pizarro en su primer viaje de la isla de la Puná a Tumbes. De esto se deriva que las islas pertenecieron a los antiguos dominios de la corona española, como consta en las Leyes de Indias, en "Las Décadas" de Herrera; los "Viajes de Jorge Juan y Antonio de Ulloa, y en la "Historia del Perú" del Inca Garcilaso. Pero ocurrió que en 1827 un ciudadano norteamericano arribó en una nave mercante a un grupo de islas a los 4° y minutos de latitud meridional, y, creyendo haber descubierto las islas, puso en conocimiento de su gobierno, lo que dió lugar a sostener con el gobierno del Perú chispeantes y entretenidos diálogos epistolares, no sin haber corrido el archipiélago el riesgo de haber sido apropiado por el gobierno yanqui.

(1) En son humorístico y de censura mordaz, consigna John Gunther el siguiente dato: "Algo que los peruanos han obtenido por sus propios medios —es un detalle curioso—, es el guano, el excremento de los pájaros". "EL DRAMA DE AMERICA LATINA". Edit. Claridad. Bs. As. 1942, p. 199.

En el capítulo de "PAITA A GUAYAQUIL", destaca la bahía de Paleta, circular, defendida del viento y aparente para proveer de marinería a nuestra escuadra. En Guayaquil resalta la muchedumbre de islas planas, cargadas de vegetación, de las que la más pintoresca es la Puná, donde se libraron combates con los tumbesinos. Guayaquil concentra variadas influencias cosmopolitas, muchas de las cuales no guardan relación y equilibrio: el mercader, hábil y activo; el rudo marinero de los desembarcaderos; el indio, venido del interior, tímido y deprimido; el capitalista indolente, la joven hermosa y elegante, la vendedora de frutas y el gendarme de uniforme indescriptible. Ese es Guayaquil, la patria de Olmedo, el píndaro de América que cantara orgullosamente:

Las risueñas playas
que manso lame el caudaloso Guayas (1)

ASPINWALL, con Panamá, la Zona del Canal, es punto de interferencia de dominios, donde se cruzan los intereses de potencias europeas y americanas como en ningún otro sitio. Colón y Aspinwall son nombres con que indistintamente se designan el puerto que sirve de meta a los vapores que conducen de Nueva York a California por la vía del Istmo de Panamá (aquellos dos nombres, para Márquez, no deberían hallarse tan familiarmente asociados, ya que entre el inmortal descubridor y un rico especulador, la distancia tiene que ser considerable).

En el tramo de ASPINWALL A NUEVA YORK está el mar de las Antillas, quedando al Este el archipiélago de las Antillas Menores; al Norte Cuba y Santo Domingo. Este último país, con su población negra y mixta, era alternativamente ocupada por franceses e ingleses, teatro de guerras tenaces. En esa pequeña isla una monarquía y una república se disputaban el dominio del territorio cuando Márquez pasaba por la isla, y existían allí Majestades por un lado y Excelencias por el otro, o como dice el escritor "El drama político del mundo tiene también su petipieza".

Frente a la isla de CUBA renace el penacho romántico del autor al contemplar el horizonte de la isla negra. Sin embargo el acento y aplomo de la prosa guardan la armonía con el fondo, y muy lejos está de constituir una pieza esproncediana. Tiene más vinculación con el relato terso del siglo que con la trompeta de la escuela europea. Recuerda las desgracias de Heredia y el fin trágico de Plácido Valdés como propios desventurados sucesos. Si a esto se añade el vivo anhelo de independencia

(1) "La Vic. de Junín".

y soberanía que sentía por Cuba, se puede tener una idea exacta del espíritu de Márquez: "el interés que generalmente inspira el nombre de Cuba en la América del Sur como el de la única tierra americana que no ha gozado aún la fortuna común a las demás antiguas colonias de España, de adquirir su independencia, cobraba en mí toda la intensidad de un sentimiento". Más adelante, con un sentido previsor de los peligros que acechan a nuestra América, añade: "Cuba es una amenaza para todas las repúblicas hispanoamericanas, porque la España tiene en ella un arsenal de guerra y riquezas suficientes a tentar algún día la reconquista de sus antiguas colonias, a favor de las guerras civiles y de la desorganización en que varias de ellas suelen encontrarse". Manifiesta el autor que participa de la idea de la acción común en favor de un país cuando se ha de salvar su libertad: "La emancipación de la isla sería una obra de pronta y fácil ejecución si se emprendiese por los gobiernos de la América". "Los nombres de Pichincha, Carabobo, Junín, Ayacucho, y otros tantos, valdrían por sí solos una vanguardia de 20,000 soldados para la independencia de Cuba". Naturalmente, advierte la no intervención de la política yanqui: "no pudiendo obtener tampoco que España venda la isla, fácil es percibir que el mejor partido para Estados Unidos es dejar que la independencia de Cuba sea ejecutada por las repúblicas del sur".

El libertador Bolívar que, aparte de su genio de estratega, poseía un agudo conocimiento de la política continental, concibió el proyecto de una expedición armada de fuerzas indoamericanas a libertar a Cuba; los últimos acontecimientos de su vida no le permitieron, desgraciadamente, cumplir con el ideal. A él se refiere Márquez cuando dice: "ese plan es un legado que dejó a la América española su glorioso libertador, y que ella debe cumplir con el mismo celo religioso con que los americanos del Norte obedecen hasta ahora las inspiraciones de su libertador Jorge Washington". La profunda convicción de la unión indoamericana como condición para la estabilización y mantenimiento de las soberanías nacionales, se expresa en esta otra declaración: "siendo la independencia de Cuba mucho más interesante y necesaria para la América Meridional que para los Estados Unidos, aquella tiene mejor derecho que éstos para intervenir en la condición actual de la colonia y procurar su emancipación; al paso que semejante empresa distraería del suelo de las naciones del Sur ese espíritu belicoso que estalla en frecuentes guerras civiles, como presentándole un campo más digno; y haría revivir los gloriosos recuerdos históricos a cuyo calor se puede realizar la unión de las repúblicas sudamericanas que es, para lo

futuro, la condición más vital para su independencia". El patriotismo continental de Márquez está erigido sobre las bases indígenas, que son los elementos indeformables de la tierra, de aquellos de quienes el mismo Colón decía "gentes de buena fe y muy generosos, porque dan todo lo que poseen, y se anticipan a nuestros deseos".

KEY-WEST (LLAVE DEL OESTE).—Es una península, en el archipiélago de la Florida, al sur de Estados Unidos, adquirida por cesión de España en 1820 por un valor de cinco millones de pesos. Evoca los hechos históricos que causara la exterminación de los indios; las correrías de Hernando de Soto, luego de la conquista del Perú; el asesinato de misioneros enviados por Carlos V, y las represalias que se trabaron entre españoles y franceses (entre católicos y luteranos), a mediados del siglo XVI.

LOS ESTADOS UNIDOS.—NUEVA YORK.—Son una nación que a primera vista se hace imponente por su fuerza de progreso material. Olvidase a menudo que aquello descansa en la concepción de la libertad. Márquez coincide totalmente con este punto de vista, a pesar de que su época no fué la que hoy experimentamos. El autor nos remite a un elocuente ejemplo vertido por el francés Chateaubriand al comparar la obra de Washington con la de Napoleón: "buscad los bosques ignorados donde brilló la espada de Washington. ¿Qué hallaréis? ¡Un mundo! El imperio de Bonaparte está destruído". Márquez deja traslucir en sus escritos su primera impresión de aquellas tierras: la libertad, que la deseaba ardientemente para su patria; y queriendo buscar el secreto del crecimiento del coloso del Norte, lanza una penetrante interrogación: "¿En qué consiste que al mismo tiempo ellos (EE. UU.) tratan de potencia a potencia con los más formidables imperios, nosotros no tenemos ni aún la importancia suficiente para hacernos respetar del Encargado de negocios de una nación europea, o para evitar las desdeñosas amenazas de cualquier jefe de marina que manda dos o tres fragatas?" Es ocioso atribuir —con perdón de Sarmiento— al espíritu de raza y a otras circunstancias secundarias el origen de esos hechos que no es sino la consecuencia de una ley natural: ley que por consiguiente no distingue razas ni países.

LA REPUBLICA.—Establece el autor en primer término la diferencia de sistemas de gobierno: Monarquía o República; ya sea bajo el principio de la autoridad absoluta, como en Turquía y Rusia, ya sea mezclando a este principio la libertad del pueblo, como en Gran Bretaña, el hecho común a todas ellas es que se componen de clases desiguales, y que la aristocracia hereditaria exhibe la superioridad de unos hombres respecto de otros. Se deja ver que tal organización repugna y es contraria

a los instintos del corazón humano, tan enérgicamente expresados en el antiguo adagio español:

"No es noble quien noble nace
sino quien lo sabe ser".

Al respecto escribe Márquez: "el sentimiento de la justicia no se borra ni se puede borrar jamás en el pueblo"; "de manera que para mantener la desigualdad en su seno, esto es la superioridad de una clase y la opresión correlativa de otra, el gobierno tiene que apelar a uno de dos medios: la ignorancia pública, o la fuerza". Critica acremente, cómo en países aristocráticos como en Inglaterra, se ve al indolente lord gastar en perros y caballos lo que sería la fortuna de cien familias desheredadas, del pueblo. De donde resulta que la miseria de Europa hace emigrar anualmente a más de un millón de hombres que, en su mayor parte han de engrosar el poder de la república del Norte. "La consecuencia inmediata de esto es el sentimiento de dignidad que inspira cada hombre, por humilde que sea su fortuna, el convencimiento de que puede llegar a cualquier altura en su patria, y la energía que necesariamente desenvuelve en él la idea de que es forzoso deberlo todo a sí mismo, supuesto que no se le prohíbe ninguno de los medios de hacerlo". "La dignidad y la energía, caracteres distintivos de Estados Unidos, lo serían sin duda, de toda América a no conservarse en nuestras sociedades ese quijotesco espíritu aristocrático heredado de España, que es la más inútil y la más tonta de las vanidades, aparte de encerrar una violación de las instituciones que nos gobiernan. El pueblo, es decir, las masas, están en la América española en un estado de abatimiento y pobreza, que acredita bien claramente, no la ineficacia de las instituciones republicanas, sino la inhabilidad de los gobiernos". El economista francés André Siegfried señala en su "América Latina", (Santiago, 1934), el incumplimiento de la ley escrita en Indoamérica como una de las más graves contradicciones, sólo comparable a la del viejo rito español, "se acata pero no se cumple".

No deja de percibirse por ningún instante el espíritu bolivariano de Márquez, como cuando apasionadamente dice: "Yo deseo con toda la verdad de mi alma que desaparezca esa diferencia tan característica de las dos Américas, y que el espíritu republicano haga de ellas un todo homogéneo. Si las instituciones políticas son casi las mismas en las dos mitades de nuestro continente, ¿por qué no cumplir con sus disposiciones en la una como se cumplen en la otra?, ¿por qué mentir a nosotros mismos y a vista de todo el mundo, con daño nuestro, y con grave mengua de nuestro crédito y reputación? y por último, ¿por qué

renunciar a hacernos la Gran República del Sur, más abundante en riquezas naturales que la Gran República del Norte?" Así, desde los primeros años de su existencia como nación, se ha visto a los hombres de todos los pueblos acudir a su suelo, revestir su nacionalidad, adoptar sus usos. La primera adquisición del humillado súbdito irlandés y de los demás en igual condición al incorporarse a la Unión es la conciencia de su dignidad que injustamente se le negaba en su patria. (En un reportaje hecho por Manuel Seoane, Ciro Alegría, el novelista expulsado del Perú, y que ahora vive en Estados Unidos, declara lo siguiente: "No pienso por ahora regresar a Indoamérica. Estoy contento, porque en Estados Unidos el escritor está en su sitio: se le respeta y se le paga como escritor", 1942).

LA LIBERTAD RELIGIOSA.—Este principio, que es una de las banderas victoriosas de la última gran guerra para desplegarse en todo el orbe, a raíz de que la intolerancia religiosa en Alemania significara uno de los motivos de la hecatombe, adquirió consistencia en la Unión antes de que ésta fuera plenamente una república. Desgraciadamente en muchos países de Indoamérica, como Perú, el concepto de libertad religiosa sigue siendo mito y tabú, y sobre él pesan prejuicios intolerantes que no permiten la mutua emancipación de la iglesia y del Estado. Oldívasa a menudo que la religión es ciencia de lo absoluto, y la política arte y ciencia de posibilidades. Como en gran parte de nuestra América la intolerancia religiosa encuentra todavía el apoyo de las leyes y de los gobiernos, y cuenta con partidarios, la crítica de Márquez se detiene en este punto poniendo en evidencia lo absurdo de tal sistema y los resultados prácticos que el sistema opuesto produce en favor del catolicismo en los Estados Unidos. "Si admitís que la religión es de origen divino —explica Márquez—, si reconocéis que ella es la ley de Dios impuesta por él a los hombres, ¿cómo suponéis que la autoridad representada en la ley emanada de Dios forme parte de la autoridad representada en la ley emanada del pueblo? ¿No véis que de ese modo tendréis que reconocer el gobierno por la gracia de Dios, vosotros, republicanos católicos, que reconocéis el gobierno por la voluntad del pueblo?" La ley de los Estados Unidos, como la de otras naciones, no impone ninguna religión; y sin embargo ni la república ni su gobierno son ateos.

LA PRENSA PERIODICA.—Las primeras instituciones que se fundan, al erigirse una aldea en cualquier punto del territorio son: escuelas para los niños, periódico para los hombres, iglesia para todos. Cuando la población ha crecido, se la une al telégrafo más próximo y a la rama del ferrocarril menos distante. Mientras casi siempre la prensa en Indoamé-

rica significa sostén de gobiernos despóticos y vocero de grupos oligárquicos, la norteamericana es casi siempre vehículo del pensamiento libre y abierto a los intereses de todos los hombres. No hay allá pensamiento elevado, ni empresa benéfica, ni esfuerzo generoso que no encuentre al momento su natural protector y aliado en la voz periódica. "La prensa —dice Márquez— tiene a sus órdenes una legión de agentes de todas edades y condiciones, más numerosa que los ejércitos de Jerjes". La existencia en todos los pueblos de una proporción constante entre la prensa y educación pública, en razón directa a la prosperidad de la nación indica que sirve ella, la prensa, de termómetro que la mide. Fácil es concebir la importancia de la prensa en un pueblo que vive bajo el imperio de leyes democráticas y acostumbrado a elegir por sí mismo, no sólo su gobierno, sino la casi totalidad de sus funcionarios de toda especie. Inconcebible es, opuestamente, que la prensa así que mantiene el contacto permanente con la masa a quien se debe, se deslice, como entre nosotros, a los ángulos de la mentira o la deformación. Ello significaría un auto-crimen, pues al perder lectores se extinguiría la empresa o recurriría, a la "sudamericana", al método siniestro de servirse de una bolsa negra, extraída de los minúsculos grupos explotadores de la riqueza.

LA LEGISLACION YANQUI pone de manifiesto cuán real, verdadera y útil es la importancia del ciudadano, y cuán positiva la intervención de éste en el gobierno de la nación. Huelga añadir que la acción popular cobra vigencia según los más elementales principios de justicia y sentido común en los casos de ineficacia o laxitud del gobierno por descuido o incapacidad. El ciudadano tiene derecho a hacerse justicia por sí mismo en casos no prescritos por la ley o lagunas del derecho, o por lo menos no incurre en culpabilidad legal. Cuando un fiscal en los Estados Unidos fué asesinado por un miembro del Congreso, con motivo de haber seducido a la esposa del segundo, el jurado declaró que no había culpabilidad alguna en ello.

LOS ESTADOS UNIDOS DE 1859.—Coincidió con la estada de Márquez en ese país el estallido de la guerra civil, que suministró a los monarquistas un pretexto para negarle eficacia de los principios republicanos, y a animar, por algunos países, a emprender la propaganda de los absurdos medios de gobierno que forman el fondo mismo de la doctrina, que por canales más o menos oscuros conducen irremisiblemente a la degradación del hombre y al imperio del despotismo. Con certera visión enjuicia el caso Márquez: "La guerra civil de la Unión es la lucha de la democracia contra la esclavitud: lucha natural e inevitable, prevista desde mucho antes por todos los hombres de estado; pero que ha sido

diferida por prudencia, en obsequio a la paz, y a fin de que no sirviese de acusación contra la estabilidad de los principios democráticos". Era imposible a los Estados Unidos abolir la esclavitud anteriormente, porque la guerra contra la primera potencia del mundo había agotado sus fuerzas. Era necesario además dar al sistema democrático el tiempo indispensable para educar al pueblo, reformar las costumbres, excluyendo en lo posible todo método que significara peligro o violencia. Cuidaba el texto de la Constitución de aislar a la esclavitud en sí, dejarla virtualmente sentenciada a desaparecer, a pesar de que dejó a cada estado el derecho de conservar sus esclavos; pero prohibió que se importasen del exterior, y aún que se introdujeran los de aquellos estados que tenían, a aquellos que no habían querido admitirlos. Márquez demuestra cómo la ingerencia de la astuta política europea, aceleró el desenlace funesto de la cuestión del negro; que de no haber mediado esa diplomacia interesada, la esclavitud habríase extinguido lentamente. Al debatirse en el Congreso, durante el período del presidente Buchanan, los políticos feudales del Sur animados por las promesas de los mismos personajes europeos que atizaban el entusiasmo abolicionista de los del Norte, exigieron que la esclavitud pudiera ser introducida en los territorios que aun no habían sido admitidos como Estados en la Unión; en tanto que sus rivales les negaban el derecho de sacar tan funesta institución del espacio en que estaba permitida por ley. Esto dió origen a la guerra. El Norte se ha opuesto a toda medida que hiciera prosperar la esclavitud, porque aparte de la contradicción de sus principios, lesionaría gravemente a sus intereses la competencia del trabajo esclavo elevado a mayores proporciones, porque inclinaría la balanza de la producción, la riqueza y la influencia política a favor del Sur. Por esta razón, el Norte no permitió la anexión de Cuba, porque ello habría significado la inclusión a la Unión de 3 ó 4 Estados con esclavos. Por esta misma razón España ha podido mantener sus últimas colonias en América.

NORTE E INDOAMÉRICA.—A la elástica y gaseosa expresión de Panamericanismo, que casi siempre sólo fué rótulo de una entidad unitaria inexistente, supera la del "Interamericanismo", usado por Franklin D. Roosevelt en la Conferencia de Buenos Aires de 1936, y que desde su simple enunciado señala un hecho incontrovertible: la existencia de por lo menos dos Américas, y que propugna la unidad de lo vario. Sobre este enunciado ha erigido Haya de la Torre una fórmula de relaciones dentro del sistema democrático: "el Interamericanismo Democrático sin Imperio". Es explicable que la vieja política yanqui del siglo pasado y la del primer cuarto del presente, caracterizadas por una terca expansión

de plazas y bandera y una no menor ofensa diplomática contenida en el "manifest Destiny", o la "Dollar Diplomacy" o el "Big-Stick", hayan dado origen al franco rechazo de parte de los pueblos —aunque no siempre de los gobiernos— Indoamericanos (1). Si en algo los Estados Unidos traicionaron el histórico mandato de Washington fué en su política exterior con Sudamérica. El Libertador había escrito en su mensaje final lo siguiente: "Obrad de buena fe y sed justos con todas las naciones, cultivando con todas la paz y la buena armonía. La religión y la moral así lo aconsejan". Y sin embargo, la respuesta fué algo que resulta ocioso recordar para los sudamericanos: lo ocurrido con la promesa de independencia a Cuba y Puerto Rico, dominados por Estados Unidos después de arrancárselos a España, y uno de ellos —Filipinas— trocado en "territorio" de la Unión; el aprovechamiento de la independencia de Panamá a cambio de la Zona del Canal; la presión de la Secretaría de Estado en favor de los inversionistas de capitales establecidos fuera del suelo metropolitano; la contradicción entre las declaraciones del demócrata Wilson sobre la "libre determinación de los pueblos" y sus órdenes de ocupación de Haití y Santo Domingo; el desembarco de la marinería en Nicaragua; el apoyo a toda dictadura Indoamericana; el bombardeo de Veracruz; la expedición de Pershing; la conquista de Texas, etc. Si uno se pone a confrontar estos hechos que oscurecen la apetecida unidad del Continente, con las meditaciones de nuestros varones indoamericanos de ayer, surge forzosamente y sin dificultad la limpidez de su pensamiento, que se hace obligatorio recordar.

En medio de su inequívoca admiración a la Democracia norteamericana, Vicuña Mackenna insinuaba una objeción al gobierno yanqui, debido a su deshonesta política ejercitada en nuestros pueblos. Decía, refiriéndose al papel que quedaba por desempeñar en Indoamérica: "... Hay almas e inteligencias templadas por lo heroico y lo sublime que oponer a la invasión y al pillaje; hay una noble aunque inerte civilización que resistirá al activo aguijón del materialismo; hay una historia, una tradición llena de glorias que levantar como un escudo venerable del pasado contra el poder impávido improvisado del presente; hay una religión que depurada de supersticiones fortifica las convicciones". "Pero si la guerra misma no provocada, viniera un día desde lejos a tocar nuestros puertos, un millón de pechos chilenos levantarán una muralla invencible de Atacama

(1) "El presidente Pierce reconoció el "derecho de conquista" en su mensaje de recepción, y ningún rasgo de su programa político ha sido más aplaudido y más conforme al espíritu invasor de la Nación", Vicuña Mackenna, Ob. Cit. p. 244.

a Valdivia, y corriendo a las armas y tomando nuestros puestos alrededor del estandarte de Chile, exclamaríamos como ellos: "Let then the war come deep and wide, and Heavens prospers the right! (Que podría traducirse más o menos así: "Dejad entonces venir la guerra, ancha y honda, y el cielo proteja la justicia").

Lo que más profunda huella ha impreso en la memoria y la visión de Nuestra América ha sido el fenómeno del imperialismo yanqui, como penetración económica, que casi siempre ha determinado la dirección de los Gobiernos. Un sistema capitalista vertical y empinado, colocado por encima de la estructura política de la Nación a la que subordina, ha gobernado, y sigue en el poder, orientando y señalando derroteros a los intereses de los Estados Unidos. Fenómeno complejísimo, el imperialismo no ha dependido ni depende de la mala o buena voluntad de un hombre. En efecto, ni nació con Teodoro Roosevelt, cuando "tomó Panamá" —"Y took Panamá"—, ni ha desaparecido con Franklin D. Roosevelt, cuando proclamó la "Buena Vecindad". "Producto de condiciones económicas características del desigual desarrollo capitalista en las sociedades modernas —afirma Luis A. Sánchez— su control escapa a los políticos y, en el estado en que se halla, sobrepasa al criterio de los propios financieros que lo disfrutan" (1).

El sistema de relaciones ideado por Haya de la Torre descansa sobre una base real, extraída de estas dolorosas experiencias que generan, por reacción, una saludable enseñanza y una mejor concepción entre nosotros de la unidad de pueblos, tan invocada y nunca cumplida. Una comunidad de naciones con todos los rasgos y caracteres que se identifican para hacer posible la constitución de eso que Márquez llamaba La Gran República del Sur, a semejanza de la fusión de estados en la Gran República del Norte, sería la resultante de esta laboriosa faena que vienen realizando hombres de buena voluntad en todo el Hemisferio, a despecho de mil dificultades. Iguales obstáculos, igual oposición encontró Estados Unidos en el duro camino de edificar una gran Nación. En su libro "Estados Unidos", el apóstol cubano José Martí señala las dificultades con que tropezó al principio la Constitución de Filadelfia para ser cumplida en los trece Estados, y que prevalecía el deseo de gobierno de campanario. "Por cada hebilla de zapato —escribe— había una opinión hostil en La Junta convocada por el Congreso inerme, a fin de reunir bajo un gobierno de poderes reales los trece estados distantes y celosos que por amor excesivo a su soberanía anulaban con su rebelión o indiferencia las me-

(1) "Un Sudamericano en Norteamérica", Santiago, 1942, pág. 354.

didadas nacionales que en vano dictaba el Congreso de la Federación" (pág. 24).

Cuando F. D. Roosevelt inauguró en 1933 un nuevo clima de relaciones, bajo el rumbro de "Buen Vecino" y "New Deal", que prevalece aún después de su desaparición y de la guerra, por lo menos hasta hoy, el modo de ver de los indoamericanos cambió de posición hasta donde es posible esperar, a pesar de que muchos términos y actos, como el "Panamericanismo", no podrán ser ya borrados como nefastos de nuestra memoria, porque a su sombra se cometieron los más serios atropellos a nuestra soberanía.

Sin embargo, no puede reposar la garantía de un sistema de relaciones en la voluntad de un solo hombre, cuando no se ha establecido un régimen por cumplirse ni menos se hace por transformar el "Nuevo Trato" mental del hombre y crear un nuevo espíritu. Esto ha ocurrido y ocurre en Estados Unidos, donde se cree entender la "Unión Panamericana" como una graciosa concesión de relaciones espaciada al continente desde Washington. Una de las contradicciones elocuentes del "good-neighborhood" consiste en creer, por parte de Estados Unidos, que es posible conciliar esa "Buenas Vecindad" entre Norte y Latino América y mantener esa "unión panamericana", con la política de no intervención y mantención del actual status social en nuestros países, de gobiernos, en gran parte fascistas, cuando precisamente se ha de defender la Democracia. A menudo se informaba en la Secretaría de Estado de la Unión en los últimos años que para la defensa continental, el gobierno yanqui debería entenderse individualmente con cada nación indoamericana, sin considerar como un todo el bloque indoamericano; lo que significaba en buena cuenta negar la existencia de nuestra América como unidad territorial, y, paradójicamente, establecer el trato de Estados Unidos con un continente fantasma, con una América Latina ilusoria e inexistente. Haya de la Torre escribe en su "Defensa Continental", (Buenos Aires, 1942), lo siguiente con respecto a la política de los "Good neighbors": "es una política temporal, sin ninguna garantía de perdurabilidad. Pues aunque el partido Demócrata yanqui sea considerado menos imperialista que el Republicano, sabemos bien que Wilson fué también demócrata, profeta del New Freedom y no obstante todo eso fué Wilson mismo quien ordenó invasiones, bombardeos, subyugaciones y otras atrocidades en varios países Indoamericanos" (pág. 47-48). Añade luego: "mientras los Estados del Norte sean "potentes y grandes" y los Estados Desunidos del Sur sigan débiles y fraccionados nuestro destino será siempre acogernos a la protección del más fuerte" (p. 56). "El

camino verdadero de salvación aparece claro: abolir todo imperialismo en Indoamérica y unirla económica y políticamente. Nacionalizar progresivamente todas sus riquezas y constituir una gran república —federativa o anfictiónica— que afirme sólidamente la seguridad y soberanía de nuestro pueblo sobre consistentes bases de Democracia y Justicia Social" (p. 57).

José A. Márquez deseaba ardientemente un leal entendimiento entre las dos Américas, excluyendo desde su base todo indicio de prepotencia o sujeción, es decir, lisa y llanamente un interamericanismo sin imperio; de ahí que nos permitamos señalar en él a un precursor de la idea y el término. En cambio el Panamericanismo ha sido en su origen y esencia la política más o menos encubierta de la Diplomacia del Dólar, del "business man" yanqui, dirigido desde la Secretaría de Estado; y si fué aplastado por la política del "Buen Vecino" —como dice Haya— el Panamericanismo, tal como fué conducido e interpretado, no tiene ya razón de existir. "Es una denominación que sugiere y evoca la idea de pangermanismo, "big-stick" o "Ministerio de Colonias" como lo llamó Manuel Ugarte. Es la expresión continuada del más grave y visible error político de no pocos hombres de allá y de aquí en lo que se refiere a las relaciones de ambas Américas: el error de imaginar que dadas unidad significa fundirlas o amalgamarlas en una sola e indefinida mezcla". "Interamericanismo expresa relación de igualdad, de condiciones, coordinación y equidad; es vocablo que delimita "relación entre" dos Américas, no confusión en un solo "pan" —todo— de lo que nunca podrá confundirse" (Haya, Ob. cit.).

El abandono de la tendencia absorbente o envolvente del Panamericanismo, bajo cuyos auspicios florecieron las tendencias imperialistas y usurpadoras de tantos gobiernos, abrirá el curso de una etapa interamericanista, sin imperio, en operación bilateral, y que comenzará por definir los dos grandes sectores de grados económicos diferentes en que se dividen las Américas: el Norte, en que predomina el industrialismo; y el Sur, en que la agricultura y la materia prima definen una fisonomía de región peculiar agrícola-minera. El porvenir indica que estas dos entidades tienen que estrechar más aún sus lazos, como quería Márquez. No por romanticismo, sino por mutua y común necesidad, para formar el anhelado frente democrático pero sin llevar en su seno filtros negativos que puedan vulnerar, desde adentro, la ansiada unidad de nuestra santa patria América.